

FILOLOGÍA HISPÁNICA

Complejidad y diversidad de los
personajes femeninos creados por
Federico García Lorca

TRABAJO FIN DE GRADO

María del Carmen de Guaditoca Rivero Álvarez
Curso académico 2015-2016



“El teatro es la poesía que se levanta del libro y se hace humana. Y al hacerse habla y grita, llora y se desespera. El teatro necesita que los personajes que aparezcan en escena lleven un traje de poesía y al mismo tiempo que se le vean los huesos, la sangre”.

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN.....	1
2. ANÁLISIS DE LA COMPARACIÓN.....	3
2.1. LOS CASAMIENTOS COMO PACTOS SOCIALES.....	3
2.2. LA VIDA CONYUGAL Y EL ACATAMIENTO DE LAS NORMAS.....	6
2.3. LA DIFERENCIACIÓN SOCIAL.....	8
2.4. LA CASA COMO ÚNICO ESPACIO POSIBLE.....	10
2.5. LA AUTORIDAD MATERNA.....	14
2.6. LOS HIJOS.....	16
2.7. ACTITUD VIOLENTA.....	18
2.8. LA HONRA.....	20
2.9. MIEDO A LOS OTROS.....	23
3. CONCLUSIONES.....	24
4. BIBLIOGRAFÍA.....	31
5. ANEXO.....	32

1. INTRODUCCIÓN

Del eterno conflicto lorquiano entre lo humano y lo social nacen tres de las obras maestras de Federico García Lorca: *La casa de Bernarda Alba*, *Bodas de sangre* y *Yerma*, tres muestras de un teatro que nos presenta a unas madres conservadoras que retratan perfectamente la mentalidad de la España más tradicional y conservadora.

El objetivo del presente trabajo es analizar los personajes femeninos protagonistas de estas tres obras a través de los siguientes temas:

a) Los casamientos como pactos sociales: estos matrimonios de interés dispuestos por los padres se basan en la posición social o el capital de cada familia. Tienen como objetivo unir propiedades y acrecentar las riquezas. La opinión de los hijos no contará en absoluto y mucho menos se tendrán en cuenta sus sentimientos.

b) La vida conyugal y el acatamiento de las normas: después del casamiento, los novios se dedican a cumplir una serie de funciones dispuestas por la sociedad patriarcal. Lejos de mantener una dulce convivencia amorosa se centrarán en no abandonar el deber de cada uno.

c) La diferenciación social: el destino de las personas está fijado por su sexo. La desigualdad de género será aceptada mayoritariamente dando completa libertad al varón y total encierro a la mujer.

d) La casa como único espacio posible: el deber de la mujer es permanecer encerrada en su hogar sin dar qué hablar a las gentes, manteniendo intacta su imagen social. Tendrá como obligación cuidar de su casa y de sus hijos, así como complacer a su marido de manera sumisa.

e) La autoridad materna: la sociedad patriarcal otorga el máximo poder a la figura del varón. Esto hará que, cuando falte el padre, la responsabilidad caiga totalmente sobre los hombros de la madre que se sacrificará por buscarle una familia y un futuro a sus hijos de la forma que mejor considere ella.

f) Los hijos: la relación de estas madres conservadoras con sus hijos está basada en la dominación, la obligación o la exigencia, hasta tal punto que algunas serán, antes que madres, instructoras. Los hijos deberán buscar resignación o por el contrario sufrimiento ya que negándose a su voluntad se convertirán en sus verdaderos enemigos.

g) Actitud violenta: los personajes que funcionan como partes de un todo, en este caso de la sociedad patriarcal de la época, siempre defienden más los valores del conjunto que los suyos propios. No predomina en ellos la inteligencia ni la lógica, actúan de cara a un objetivo y todo lo que no esté relacionado con esta meta será motivo de ira, dolor, frustración y violencia.

h) La honra: valores tan absurdos, superficiales y vacíos como el de la honra serán los culpables de la desdicha de muchos de los personajes lorquianos. La honra se nos presenta como una obsesión que llega a colocarse incluso por encima del amor o la pasión.

i) El miedo a los otros: los personajes más violentos, autoritarios y dominadores en realidad son los que más temen al mundo que crea “el otro” con sus críticas y su capacidad de juzgar, de ahí su actitud. Sus vidas se basan en una lucha por mantener en secreto su intimidad al precio que haga falta.

Todos y cada uno de los puntos a tratar en este trabajo responden a las características principales de la antigua sociedad española que hizo de la vida de las mujeres un auténtico calvario por el simple hecho de no haber nacido hombres. Es por eso que no merecen caer en el olvido obras como estas de Federico García Lorca que retratan perfectamente las inquietudes, miedos o deseos más profundos de las protagonistas, unas madres que, a pesar de ser completamente diferentes, responden a un mismo concepto de maternidad.

2. ANÁLISIS COMPARATIVO

2.1. LOS CASAMIENTOS COMO PACTOS SOCIALES

En aquella época los matrimonios se decidían sin tener en cuenta la inclinación de los individuos; de ahí que algunas de las relaciones que nos encontramos entre hombre y mujer en estas obras que nos ocupan sean de carácter social, en ningún caso personal.

En *La casa de Bernarda Alba* es precisamente el “matrimonio acordado” de Angustias y Pepe, el Romano, lo que desencadena la tragedia. Angustias es la hija mayor de Bernarda y, por tanto, la más adinerada. Es evidente que Pepe actúa por interés, recordemos que con quien se veía a escondidas era con Adela, la hija menor, de su misma edad. Como alguna de sus hermanas comenta, “lo natural” es que se hubiera casado con ella, pero pesan más otros valores que el amor. Resulta curioso que la propia Angustias no se dé cuenta del interés de su futuro marido. No obstante, sus hermanas tendrán el valor suficiente como para decírselo a la cara. Esas verdades que gritarán las muchachas, entre ellas Adela, serán las que Bernarda se obligue a tapar como sea para que todo salga según lo previsto, “como debe ser”.

En el fragmento 1¹ (*La casa de Bernarda Alba*, acto 2º, p. 167)² Angustias se muestra contenta de que Pepe se haya fijado en ella. La primera en cuestionarlo es Adela con una aclaración directa: “¡Por tus dineros!”³, la apoya Martirio: “Por tus marjales y arboledas”. Angustias se defiende con su madre ya que es la que más desea este matrimonio. Sin embargo, Magdalena se posicionará de parte de Bernarda, podríamos decir que este personaje se declina más por el deber que por la pasión, todo lo contrario que Adela, puro corazón, que se desespera de impotencia ante la sociedad patriarcal de la época.

La intervención que hace Bernarda en este fragmento es muy significativa. Cuando se está poniendo en duda la integridad del casamiento de Angustias, aunque sean ciertas las acusaciones, mandará callar cualquier comentario, da igual que sean los de sus propias hijas. Las primeras palabras de Bernarda: “¡Silencio digo!” dejan ver la fuerza

¹ Todos los fragmentos mencionados en este trabajo se pueden consultar en el Anexo.

² Citamos siempre por la siguiente edición: Federico García Lorca, *La casa de Bernarda Alba*, ed. Allen Josephs y Juan Caballero, Madrid, Cátedra, 1987.

³ Para facilitar la identificación de las citas textuales, las ponemos en cursiva.

y la autoridad de este personaje. Ella misma cuenta que es consciente de que la situación tarde o temprano iba a provocar más de un disgusto. Pero lo que le duele más profundamente es que sean algunas de sus hijas las que estén en contra de ese matrimonio: “¡Ay, qué pedrisco de odio habéis echado sobre mi corazón!”.

En realidad, lo que se está cuestionando es el interés de la sociedad en general a través de Pepe; y Bernarda, que está a favor de esta sociedad, luchará por mantener el orden amenazando a las muchachas: “*Pero todavía no soy anciana y tengo cinco cadenas para vosotras*”. Destacamos la palabra “cadena”, que refleja muy bien la intención de Bernarda, tener a sus hijas presas, física y mentalmente. Termina esta intervención una madre capaz de justificar incluso la violencia para conseguir que sus hijas no vayan por otro camino que no sea el que ella misma ha dispuesto: “*¡Tendré que sentarles la mano! Bernarda, ¡acuérdate que esta es tu obligación!*”. Finalmente, comentar ese último momento en el que ella se dirige a su propia persona para dejar clara cuál será su función en toda la obra, hacer cumplir las normas. Bernarda habla de “obligación”, no es capaz de pensar por sí misma y diferenciar lo que es justo y lo que no a partir de la realidad que está viviendo, ella simplemente actuará conforme a esta sociedad. Viene muy al caso añadir una frase característica de Bernarda: “*No pienso. Hay cosas que no se pueden ni se deben pensar, yo ordeno*”. De esta manera, empleará la violencia para lograr sus objetivos, una violencia que denota la ignorancia y la mente primitiva de este personaje.

En ***Bodas de sangre*** es el casamiento de los novios el acontecimiento más esperado de toda la obra, tanto, que cobra mayor importancia este hecho que los que se casan, de ahí que no conozcamos ni sus nombres, se nos presentan como Novio y Novia. Llama mucho la atención la forma en la que el padre de la Novia y la madre del Novio acuerdan la unión de los muchachos, como si se tratara de ganado. Ambos aclaran antes de nada sus ganancias, en palabras de la madre: “*Mi hijo tiene y puede*”, a lo que contestará el padre: “*Mi hija también*”. Una vez que ya saben que juntarán sus capitales, empiezan los dos a “querer vender” a sus propios hijos como la mejor pieza de ganado.

La madre del Novio alardeará de la impecable honra del muchacho, mientras que el padre de la Novia enumerará las tareas domésticas que su hija sabe hacer, es decir, estamos ante una especie de “lista de cualidades para casarse”. Estas cualidades son

superficiales, no se da importancia por ejemplo al trato del hombre a la mujer, pero sí se enorgullece la madre del Novio de que su hijo no haya conocido otra hembra y que por tanto tenga esa honra tan limpia ante los ojos de los demás. También podríamos ver estas cualidades como algo práctico, el padre de la Novia está poniendo en venta a una criada sumisa que sabrá ocuparse de su casa y de su marido. Muy lejos nos quedan los sentimientos de los novios ya que no cumplen ninguna función en esta especie de pacto matrimonial.

El fragmento 2 (*Bodas de sangre*, acto 1º, cuadro 3º, p. 112)⁴ es muy interesante, en él encontramos la definición clara de lo que supone un “casamiento”. Una vez acordada la boda, la Novia ya puede presentarse ante la madre. En ese momento se le pregunta a la muchacha que si sabe lo que es casarse y, a pesar de que la Novia asiente, la madre se lo define en pocas palabras: “*Un hombre, unos hijos y una pared de dos varas de ancho para todo lo demás*”, una definición que el propio Novio aprueba, lo que provocará el contento de su madre y la resignación de la Novia: “*Yo sabré cumplir*”. Podríamos decir que es este un casamiento que actúa como “seguro de vida”, el hombre busca antes que a la mujer, a la sirvienta que le prepare la comida, que mantenga su casa, que cuide a sus hijos y que no lo contradiga en nada. Como ha quedado demostrado, la Novia no tiene palabra ni decisión propia, no se casa, la casan, no le queda otra opción que saber cumplir con su “rol” en esa sociedad patriarcal.

Las palabras de la madre en este fragmento nos recuerdan a las anteriores declaraciones de Bernarda en el sentido de que es la figura materna la que se encarga de dar el visto bueno a las relaciones de sus hijos. Además, es la responsable de que se cumplan las funciones que la sociedad le asigna a cada uno. En este caso, la madre recalca a la Novia cuál debe ser su comportamiento como mujer casada, y no a su hijo, ya que él comparte la misma idea de matrimonio que ella. Tanto Bernarda como la madre del Novio actúan de cara a una sociedad patriarcal, desvalorizando a la mujer y colocándola por debajo del hombre. Es significativo que sean precisamente mujeres las que se empeñen en cuidar este modelo social, lo hace la madre del Novio advirtiéndolo a la Novia y lo hará Bernarda advirtiéndolo a sus propias hijas. No obstante, habrá también mujeres contrarias a ese régimen machista, que prefieren la huida (Novia) o la muerte (Adela) antes que la sumisión.

⁴ Citamos siempre por la siguiente edición: Federico García Lorca, *Bodas de sangre*, ed. Allen Josephs y Juan Caballero, Madrid, Cátedra, 1988.

En la obra de *Yerma* nos encontramos esas ideas referidas al matrimonio en una pareja que ya vive bajo el mismo techo, es decir, nadie está preparando a Yerma para que se case con Juan, puesto que Yerma ya está casada con él y se convierte directamente en víctima de estos casamientos sociales. No obstante, en la obra, Yerma relata a la Vieja cómo acabó con su marido: “*Me lo dio mi padre y yo lo acepté*” estamos ante el mismo caso de Angustias y de la Novia. A la mujer se le impone un marido y un futuro al que se puede acostumbrar o simplemente resignar. Está claro que nunca alcanzará la felicidad.

En el fragmento 3 (*Yerma*, acto 1º, cuadro 2º, p. 56)⁵ Yerma se sincera con la Vieja: “...*el primer día que me puse novia con él ya pensé... en los hijos...*”. Yerma aceptó a Juan, se casó con él y ahora su deber es darle hijos; como esos hijos no llegan, el personaje se frustra. La obra entera es el lamento de una mujer que no puede tener hijos y que rabia cuando su marido se resigna y no lucha porque esos hijos lleguen, quizás porque para Juan tampoco supone una necesidad, él mismo confesó a Yerma que lo que buscaba era la tranquilidad de una casa, ese “seguro de vida” al que nos referíamos antes.

La forma en la que se expresa Yerma describe a una mujer, en cierto modo, algo ingenua que incluso es capaz de mostrar alegría cuando le asignan a un marido. Está convencida de que casarse supone un puente hacia la maternidad, entonces no ve otro futuro que no sea el de quedarse embarazada. El concepto que tiene este personaje de “matrimonio” está muy alejado del que tiene Juan. En el momento en el que ambos se dicen a la cara qué pretendían al casarse, vemos que lo que Juan espera de Yerma es tranquilidad y resignación, no más. Pero como Yerma no se resigna a su destino, cuando finalmente Juan le cierra todas las puertas a la maternidad, la mujer enloquece y termina con la vida de su marido y, en definitiva, con su sufrimiento.

2.2. LA VIDA CONYUGAL Y EL ACATAMIENTO DE LAS NORMAS

Con esta idea de matrimonio que venimos comentando, la vida conyugal quedará muy lejos de convertirse en una agradable convivencia amorosa, más bien deberíamos hablar de las “funciones” que la sociedad asigna a los casados, así como a su debido cumplimiento.

⁵ Citamos siempre por la siguiente edición: Federico García Lorca, *Yerma*, ed. Ildefonso-Manuel Gil, Madrid, Cátedra, 1978.

En *La casa de Bernarda Alba*, la propia Bernarda, como concedora de la vida conyugal y como máxima defensora de esta sociedad patriarcal, dará a su hija Angustias una serie de instrucciones: “*No le debes preguntar. Y cuando te cases menos. Habla si él habla y míralo cuando te mire. Así no tendrás disgustos*”. Bernarda está haciéndole ver a su hija que el que mandará en la relación es el marido, hasta el punto de decidir cuando tiene que mirarle o hablarle. Pero no solo eso, si nos fijamos en la última frase “*Así no tendrás disgustos*”, podemos ver una clara advertencia hacia Angustias, que como no cumpla estas normas lo pasará mal.

En el fragmento 4 (*La casa de Bernarda Alba*, acto 3º, p. 183) Angustias está preocupada porque siente que Pepe no es del todo claro con ella, a lo que Bernarda responderá que no intente buscar explicaciones y que no la vea llorar jamás. Una vez que Angustias escucha todos los consejos, no se muestra contenta, su madre le hará ver que su estado de ánimo no cuenta en absoluto: “*Eso es lo mismo*”. Está muy clara la función social que como mujer debe acatar Angustias y es la de complacer a su marido en todo y evitar incomodarlo con la más mínima tontería.

Bernarda sabe que las instrucciones que le está dando a Angustias son para que permanezca ciega, sorda y muda a menos que su marido la reclame, es decir, está anulando como mujer a su propia hija antes que dejar de cumplir las normas sociales. Bernarda, antes que madre, se retrata como una mujer aparentemente correcta e intachable ante los ojos de los demás.

En *Bodas de sangre* también podemos ver cómo la madre del Novio le da otra serie de “consejos” a su hijo: “*Con tu mujer procura estar cariñoso, y si la notas infatuada o arisca, hazle una caricia que le produzca un poco de daño, un abrazo fuerte, un mordisco y luego un beso suave. Que ella no pueda disgustarse, pero que sienta que tú eres el macho, el amo, el que mandas.*” La mujer le da a entender que puede mantener contenta a la esposa con una simple caricia y que lo más importante es que comprenda que es él el que domina la relación.

En este fragmento 5 (*Bodas de sangre*, acto 2º, cuadro 2º, p. 138) la madre del Novio, igual que Bernarda, mantiene una postura machista y se la transmite a su hijo que la acepta obedientemente: “*Yo siempre haré lo que usted mande*”. Estamos ante dos textos muy similares que responden a las ansias de estas madres porque sus hijos mantengan una vida conyugal cumpliendo sus funciones sociales, de esta forma no

estarán en boca de la gente y aunque sean unos infelices su “fachada” será perfecta. Al fin y al cabo, así educaron a Bernarda y a la madre del Novio y así siguen ellas cumpliendo con su deber de madres instructoras.

En el caso de *Yerma*, tal y como se ha visto en el punto anterior, al estar Yerma ya casada con Juan, nos relata cómo ella misma cumple con su deber. Así en el fragmento 6 (*Yerma*, acto 1º, cuadro 2º, p. 56) justifica las relaciones que ha mantenido con su esposo: “...*Yo me entregué a mi marido por él, y me sigo entregando para ver si llega (hijo), pero nunca por divertirme*”.

El fragmento 7 (*Yerma*, acto 3º, cuadro 1º, p. 92) es muy importante porque igual que hemos dicho que Yerma no descuida su función como esposa, reconocemos aquí el cumplimiento de Juan como su marido. Dirá Yerma: “*Él va con sus ovejas por los caminos y cuenta el dinero por las noches. Cuando me cubre, cumple con su deber, pero yo le noto la cintura fría como si tuviera el cuerpo muerto*”. Es decir, las instrucciones de las que nos hablaban Bernarda y la madre del Novio se ven realizadas en Yerma y en Juan y, sin embargo, sigue faltando algo para alcanzar la plenitud de la protagonista, aquí es donde nos damos cuenta de que esas funciones absurdas están vacías, igual que Yerma, y nunca servirán como puente hacia la felicidad. Porque para ser felices tendrían que dejar estas normas en un segundo plano y verse ellos mismos como seres individuales, capaces de realizarse como personas, y no siendo partes de un todo absurdo que los condena a la desgracia desde el nacimiento por el simple hecho de ser hombre o mujer.

2.3. LA DIFERENCIACIÓN SOCIAL

Hasta ahora hemos visto cómo las diferencias entre ambos sexos quedaban más o menos claras. No obstante, el análisis de los siguientes fragmentos pondrá en boca de los personajes una definición directa de hombre y de mujer conforme a la época en la que viven.

En *La casa de Bernarda Alba* es la propia Bernarda quien diferencia las tareas que le corresponden a los dos sexos, y de esta manera sostiene en el fragmento 8 (*La casa de Bernarda Alba*, acto 1º, p. 129): “*Hilo y aguja para las hembras. látigo y mula para el varón*”. Así se lo inculcaron a ella y así quiere hacérselo ver a sus hijas. Las muchachas se quejarán de la desigualdad entre ambos géneros. Dirá Magdalena: “*Malditas sean las*

mujeres” o Amelia: “*Nacer mujer es el peor castigo*”. Sin embargo, el comentario más duro y que mejor simboliza la situación con respecto al marido es el que hace Magdalena en el fragmento 9 (*La casa de Bernarda Alba*, acto 2º, p. 159-160): “*Y ni nuestros ojos siquiera nos pertenecen*”. Podríamos decir que la mujer es una especie de “objeto” para el hombre, por eso no tiene ni que hablar, ni que pensar, ni nada, solo cumplir su función social, estar en su casa y encima “hacerse la ciega” si viera alguna conducta turbia en su marido. Porque como aclara Adela en este fragmento 9: “*Se les perdona todo*” (a los hombres).

En *Bodas de sangre*, la madre del Novio comparte con Bernarda la idea del encierro para la mujer y el trabajo duro para el hombre, es por eso que en el fragmento 10 (*Bodas de sangre*, acto 1º, cuadro 1º, p. 95) comenta a su hijo: “*Que me gustaría que fueras una mujer. No te irías al arroyo ahora y bordaríamos los dos cenefas y perritos de lana*”. A las mujeres se les asigna la tarea de la costura para mantenerlas entretenidas y encerradas sin dar que hablar a las gentes y esperando sumisas la llegada de su marido para complacerlo en lo que necesite. De ahí que la madre del Novio asocie el bordar y hacer encajes con “estar tranquila” (fragmento 11 *Bodas de sangre*, acto 1º, cuadro 1º, p. 97), porque sabe que realmente los únicos que tienen vida más allá de sus casas son los varones.

Del mismo modo, en el fragmento 12 (*Bodas de sangre*, acto 2º, cuadro 2º, p. 132), el padre de la Novia quiere que los muchachos tengan hijos: “... *Esta tierra necesita brazos que no sean pagados... Y estos brazos tienen que ser de los dueños que castiguen y que dominen, que hagan brotar las simientes. Se necesitan muchos hijos*”. Destacamos las palabras “castigar” y “dominar” que no solo se emplean referidas a la tierra, también se podrían entender dentro del terreno del matrimonio. Finalmente, la madre del Novio lo apoya respondiendo: “*¡Y alguna hija! ¡Los varones son del viento! Tienen por fuerza manejar armas. Las niñas no salen jamás a la calle*”. Aquí queda más que clara la total libertad que se le concede al hombre y el completo encierro para la mujer.

En la obra de *Yerma* no podemos decir que la protagonista cumpla siempre con su recogimiento, recordemos que Juan se lo reprocha constantemente poniéndose al mismo nivel de autoritarismo que Bernarda o la madre del Novio. En el fragmento 13 (*Yerma*, acto 2º, cuadro 2º, pp. 75-76) dirá a su mujer: “*¿Es que no conoces mi modo de ser? Las*

ovejas en el redil y las mujeres en sus casas. Tú sales demasiado. ¿No me has oído decir esto siempre?". Es la misma diferenciación que encontramos en las otras dos obras. La vida del hombre está en el campo, en el cuidado de las ovejas en este caso y la vida de la mujer siempre estará dentro de la casa.

El fragmento 14 (*Yerma*, acto 2º, cuadro 2º, pp. 77-78) es muy interesante ya que nos muestra el motivo de la frustración de Yerma que arranca precisamente de esta absurda diferenciación social: "*Los hombres tienen otra vida: los ganados, los árboles, las conversaciones, y las mujeres no tenemos más que esta de la cría y el cuidado de la cría*". Yerma hasta ahora ha cumplido siempre con su deber, pero, al no llegar el ansiado hijo, se culpa una y otra vez por no terminar de ser como el resto de las mujeres, incluso como el resto de los seres de la naturaleza que no paran de dar frutos. Yerma se siente ofendida, su obsesión la lleva a no sentirse plena si no es dando a luz a una criatura. Quizás por eso no para quieta en su casa, porque se ahoga en la desilusión, en la pobreza de su alma. En este sentido, no comparte el encierro que le asignan a las mujeres Bernarda o la madre del Novio, pero no porque no quiera, sino porque no puede, esta frustración la llevará al mayor momento de locura cuando acaba con la vida de Juan por mostrarse impasivo ante su dolor.

2.4. LA CASA COMO ÚNICO ESPACIO POSIBLE

Uno de los elementos más importantes en el teatro de García Lorca es, sin duda alguna, el espacio. Con las palabras "dentro" y "fuera" se nos dibuja un escenario lleno de símbolos. El dentro es normalmente la casa, entendida como cárcel o incluso como refugio ante el enemigo. El fuera (calles, campo, río, orilla del mar...) es un espacio abierto donde los personajes son capaces de encontrar desde el amor y la libertad hasta el peligro y la más terrible de las muertes.

Ya hemos explicado que el único ámbito donde se debe desarrollar la función social de la mujer es el de la casa. De ahí que en este lugar haya una concentración del drama capaz de reflejar el estado de ánimo de muchos personajes.

En *La casa de Bernarda Alba*, como se puede observar, la casa es un elemento que da nombre a la obra. Bernarda la caracterizará como el único espacio posible para sus hijas. Así, en una intervención les advierte: "*En ocho años que dure el luto no ha de entrar en esta casa el viento de la calle. Haceros cuenta que hemos tapiado con*

ladrillos puertas y ventanas” (fragmento 15 *La casa de Bernarda Alba*, acto 1º, pp. 128-129). La muerte del marido le sirve a Bernarda para declarar un largo luto en su casa, se convierte en la excusa perfecta para mantener encerradas a sus hijas durante ocho años. Es muy significativo el uso del verbo “tapiar”, tapiar es más fuerte que cerrar, tapiar denota opacidad y dureza. En definitiva, Bernarda les está diciendo de alguna manera que las encierra en su casa, como si fueran unas presas sin que reciban noticias del exterior. La madre se justifica con la tradición que le han inculcado a ella, por eso mantiene: “*Así pasó en casa de mi padre y en casa de mi abuelo*”. Como ya vimos en el punto anterior, Bernarda tiene muy claras las tareas que se les asignan a las mujeres, fiel a sus creencias termina diciendo: “*Mientras, podéis empezar a bordaros el ajuar. En el arca tengo veinte piezas de hilo con el que podéis cortar sábanas y embozos. Magdalena puede bordarlos*”.

Pero, este espacio no resulta igual a quien lo impone que a quien se lo imponen. Por eso, este exceso de supervisión que Bernarda tiene con sus hijas se convertirá en un infierno para ellas. La casa aparecerá como espejo del estado de ánimo de un personaje como Adela (pasión), opuesto a Bernarda (deber). Así, en el fragmento 16 (*La casa de Bernarda Alba*, acto 1º, pp. 141-142), Adela rompe a llorar con ira gritando estas palabras: “*¡No, no me acostumbraré! Yo no quiero estar encerrada. No quiero que se me pongan las carnes como a vosotras. ¡No quiero perder mi blancura en estas habitaciones! ¡Mañana me pondré mi vestido verde y me echaré a pasear por la calle! ¡Yo quiero salir!*”. Adela es la menor de las hermanas, está en plena adolescencia, es la que más vida irradia, no quiere que su luz se apague dentro de esa casa, una casa que emitirá el mismo fuego de pasión que contiene la muchacha. Recordemos el calor tan fuerte que continuamente ahogaba a las hijas de Bernarda y que les impedía coger el sueño, siempre tenían sed, se morían por respirar aire fuera de esas cuatro paredes.

Por otra parte, también la casa se presenta como lugar sagrado, ya Poncia se refirió una vez a ella con el nombre de “convento”: “*¡Ya me ha tocado en suerte este convento!*”. Es evidente que Bernarda lo que quiere es cuidar la castidad de sus hijas ante cualquier cosa, por eso las encierra en esa cárcel y las amenaza con comentarios como: “*Mi vigilancia lo puede todo*”.

Hay una conversación muy importante en el fragmento 17 (*La casa de Bernarda Alba*, acto 1º, pp. 145-146), se trata de M^a Josefa, la madre de Bernarda, este es un

personaje que se nos presenta en un primer momento desquiciado, pero será el que diga más verdades de todos. A M^a Josefa la tienen encerrada y es muy significativo que “se escape”, ya que desde este momento se posiciona en contra del encierro que declara su hija y, al igual que Adela, se rebela contra ella. M^a Josefa ya sabe lo que ocurrirá con las desgraciadas hijas de Bernarda: “*No quiero ver a estas mujeres solteras, rabiando por la boda, haciéndose polvo el corazón, y yo me quiero ir a mi pueblo. ¡Bernarda, yo quiero un varón para casarme y tener alegría!*”. No solo se atreve a adivinarles su suerte, sino que grita lo que todas piensan por dentro, que quiere un varón. Es en este momento cuando a M^a Josefa no podemos considerarla del todo loca, es más bien una mujer valiente que grita lo que nadie es capaz de susurrar en esa casa.

En *Bodas de sangre* nos volvemos a encontrar este espacio que se impone socialmente a la mujer, su casa. Fue la madre del Novio la que recordó a la Novia que su obligación como casada era permanecer recogida. Recordemos que la Novia estaba segura de que iba a cumplir su deber. Sin embargo, antes de casarse, ya nos manifestaba sus emociones a través del espacio escénico, unas emociones que estaban muy lejos de una mujer entusiasmada con su boda. Así, en el fragmento 18 (*Bodas de sangre*, acto 2^o, cuadro 1^o, p. 115), empieza a hablar la Novia: “*No se puede estar ahí del calor*”. Esta frase nos recuerda a muchas de las hijas de Bernarda, continuamente quejándose del calor que hacía en aquella casa. La muchacha también nos hace partícipes de la procedencia de su madre a la que también vincula con un espacio escénico diciendo: “*Mi madre era de un sitio donde había muchos árboles. De tierra rica*”. La criada establece que ese es el motivo por el que su madre era alegre, vemos cómo el ámbito que rodea al personaje es capaz de determinar su estado de ánimo. La Novia nos explica cómo su madre se consumió en la calidez de estas tierras, tal y como les pasará a todas. Nos vuelve a aclarar que es de la casa de donde sale ese calor: “*Echan fuego las paredes*” (fragmento 18).

De la misma forma que se asocia a la Novia la angustia que vive dentro de la casa por culpa del calor, encontramos en la madre del Novio el polo opuesto. En el fragmento 19 (*Bodas de sangre*, acto 3^o, cuadro último, p. 161), después de la muerte de su hijo, la vecina ofrecerá su casa a una madre llena de dolor que prefiere sufrir en soledad: “*Aquí, aquí quiero estar y tranquila. Ya todos están muertos*”. Ya vimos cómo al diferenciar los sexos a través de las funciones que la sociedad asignaba a hombres y a mujeres, la madre siempre vinculaba a las labores de costura que debía hacer una casada

con la tranquilidad. Para la madre, el espacio escénico de la casa no constituye un encierro, al contrario, supone una liberación, es el único lugar donde está segura, salir es arriesgarse la vida. Además, nos deja claro que “*Ya todos están muertos*”, no tiene ningún sentido que ella salga de su casa. Recordemos que en la obra solo sale de su casa cuando va a hablar del casamiento con la familia del Novio, y lo hizo acompañada de su hijo. Esta mujer nos está dando a entender que sin la figura masculina, la vida pierde su razón de ser, por eso ya no le ve sentido a nada, no tiene un marido al que obedecer, ni unos hijos a los que proteger, ella misma se ha quedado también sin vida.

Tanto Bernarda como la madre del Novio ven en la casa el único espacio posible para ellas y para todas las mujeres por el simple hecho de no ser hombres. Todo lo que sea salir fuera de esta cárcel sería ir en contra de las normas de esta sociedad patriarcal. Ambas madres lucharán con uñas y dientes para que eso no suceda.

En el caso de *Yerma* los espacios escénicos también estarán muy marcados. Juan se posicionará de parte de la madre del Novio y de Bernarda, prohibiendo la salida a Yerma. En el fragmento 20 (*Yerma*, acto 1º, cuadro 1º, p. 44) le dirá a su mujer: “*Si necesitas algo me lo dices y lo traeré. Ya sabes que no me gusta que salgas*”. Juan también sabe muy bien cuáles son las obligaciones que debe cumplir una mujer casada, por eso mantiene: “*La calle es para gente desocupada*”. Yerma le da la razón a su marido, sin embargo, en la conversación que mantiene con Víctor cuando este le cuenta que se marcha de aquellas tierras, vemos a una Yerma que igualmente se iría de allí, ella no es feliz y sabe que nunca lo será. En el fragmento 21 (*Yerma*, acto 2º, cuadro 2º, p. 85) comentará a Víctor: “*Haces bien en cambiar de campos*”, “*Yo me iría muy lejos*” o “*De mí sé decir que he aborrecido el agua de estos pozos*”. Yerma hace referencia al agua escondida, atrapada en los pozos, así está ella, atrapada por la sociedad y por Juan. Aunque se muera de ganas, nunca se marcharía de allí porque eso sería una deshonra. No obstante, sigue soñando con esa idea de libertad espiritual que piensa que le llegará cuando nazca su hijo. Ahora destaquemos el momento en el que Yerma iba a por agua fresca para comer, la vinculación del personaje con este elemento de la naturaleza es muy fuerte. En una ocasión nos hacía saber su desesperación a través de una metáfora relacionada también con el agua: “*Quiero beber agua, y no hay vaso ni agua*”. Yerma está pobre de espíritu, vacía, no le hace ningún bien el ambiente que la rodea, ella misma decía que estaba ofendida por la naturaleza que no paraba de dar frutos, todo lo contrario que ella.

Una actitud totalmente opuesta a la de Yerma encontramos en el fragmento 22 (*Yerma*, acto 1º, cuadro 2º, p. 60) en el que habla la Muchacha 2ª, quien actúa dejando las normas y la sociedad al margen, ella se dedica a ser feliz y no precisamente dentro de su casa. La muchacha reconoce que la pueden tachar de loca, pero en el fondo sabe que es más importante su felicidad que su imagen social. Dirá a Yerma: *“Yo te puedo decir lo único que he aprendido en la vida: toda la gente está metida en sus casas haciendo lo que no les gusta. Cuánto mejor se está en medio de la calle. Ya voy al arroyo, ya subo a tocar campanas, ya me tomo un refresco de anís”*. Como vemos este personaje no está conforme con los roles que impone la sociedad, entonces simplemente no los acata porque está viendo que no tienen sentido, lo único que provocan son disgustos. Es significativa la actitud de la muchacha porque es uno de los pocos personajes que actúa según sus principios con toda naturalidad. En cambio Yerma se ahoga en su realidad, no busca ninguna solución lógica a su situación, al contrario, se empeña en quedarse embarazada a toda costa.

Finalmente, comentaremos el fragmento 23 (*Yerma*, acto 2º, cuadro 1º, p. 67) de la Lavandera 4ª que habla de las hermanas de Juan. Estas mujeres son comparadas con algunos elementos de la naturaleza: *“Son como esas hojas grandes que nacen de pronto sobre los sepulcros”*; y descritas en relación al espacio: *“Son metidas hacia adentro”*. De nuevo vemos cómo un lugar, en este caso el cementerio, es capaz de caracterizar a un personaje, dando a entender una personalidad oscura, misteriosa, silenciosa. Muy importante es la expresión “metidas hacia adentro”, es decir, poco sociables y por lo que deducimos defensoras de la sociedad que encierra a la mujer dentro de su casa, de ahí que ambas se posicionen de parte de la tradición y de Juan, por eso Yerma no simpatiza con ellas. Las hermanas de Juan viven en su casa con la finalidad de supervisar a Yerma, son como dos guardianas. Esta tensión acumulada hará que cada hora que transcurre aumente el infierno en aquella casa, tal y como dijo en una ocasión la Lavandera 4ª, dibujando la casa como un verdadero infierno. Si nos acordamos, en el caso de Bernarda, su casa se comparaba con una cárcel en la que ella misma cumplía la función de las hermanas de Juan, vigilar para que todo estuviera en orden.

2.5. LA AUTORIDAD MATERNA

Tras la muerte del varón, la madre es la que asume el papel autoritario del padre. En esta sociedad patriarcal, la figura masculina era la que tenía la última palabra sobre

cualquier asunto. Al faltar el padre, la responsabilidad absoluta caerá sobre los hombros de estas madres que acabarán demostrando que tienen el mismo coraje o incluso más que sus maridos.

En *La casa de Bernarda Alba*, la obra comienza precisamente con la muerte del esposo, por lo que desde el primer momento se le está otorgando toda la autoridad a la figura de la madre. Bernarda lo dirá muy claro en el fragmento 24 (*La casa de Bernarda Alba*, acto 1º, p. 129): “*Aquí se hace lo que yo mando. Ya no puedes ir con el cuento a tu padre.*” En otra ocasión (fragmento 25 *La casa de Bernarda Alba*, acto 3º, p. 179) hablando con Prudencia, ella misma acepta que está ejerciendo la labor de su esposo. Prudencia la compara con un varón: “*Bregando como un hombre*”, ella misma responde: “*Así es*”. Bernarda se comporta durante toda la obra de forma autoritaria y dominadora, pero no podemos decir que se deba todo a la muerte de su marido. Esta actitud también obedece a la fuerza interior de la protagonista que tiene tan asimilado el régimen social al que está sujeta que llega a mostrarse impasible ante la muerte de una de sus hijas.

En el caso de *Bodas de sangre*, la madre del Novio actúa también con esa dominación sobre su hijo. Así, en el fragmento 26 (*Bodas de sangre*, acto 2º, cuadro 2º, p. 138), la madre le explica: “*Así aprendí de tu padre. Y como no lo tienes, tengo que ser yo la que te enseñe estas fortalezas*”. La madre del Novio se siente con el deber moral de inculcar la tradición y el deber a su hijo, un hijo que no pondrá impedimentos ni cuestionará sus decisiones. No obstante, es preciso matizar que, aunque la actitud de la madre sea muy estricta, no llegará en ningún momento a rozar la frialdad de Bernarda. Ambas madres quieren una imagen social limpia y pura y así se lo harán ver a sus hijos. Lo que ocurre es que la madre del Novio sí muestra dolor ante la muerte de su hijo; es más, se le quitan las ganas de vivir. Bernarda, por el contrario, no actúa así. Las dos serán autoritarias, pero es mucho más fuerte la personalidad de Bernarda.

En la obra de *Yerma*, aunque no aparezcan los padres de la protagonista ni los de Juan, tenemos un claro ejemplo del punto que nos ocupa en el fragmento 27 *Yerma* (acto 3º, cuadro 2º, p. 107). La vieja está hablando con Yerma de los problemas de la muchacha y, de repente, deja la desgracia a un lado y mira por su propio interés y por el de su hijo. Por eso le propone lo siguiente a Yerma: “*Mi hijo está sentado detrás de la ermita esperándome. Mi casa necesita una mujer vete con él y viviremos los tres*

juntos”, entendemos que el padre ha fallecido, entonces, la madre toma el papel de protectora y defensora de su hijo y de su futuro, por lo que ella misma le hace la proposición, sin contar con la opinión del muchacho. Yerma se niega en rotundo, su honra y su conciencia no le permitirían una actuación así. No obstante, la vieja, algo ofendida, le habla sinceramente y le reconoce lo siguiente: “*No me das ninguna lástima, ninguna. Yo buscaré otra mujer para mi hijo*”. En este momento sabemos de su misma boca que es ella la encargada de encontrarle un futuro a su hijo, una mujer y una casa, tal y como lo hace Bernarda o la madre del Novio.

En las tres obras es evidente que no resulta tan imprescindible la figura del hombre y que en ningún caso es el varón el único capaz de “dominar” una casa y una familia. Tanto Bernarda como la madre del novio mostrarán una fuerza tal que se convertirán en padres y madres al mismo tiempo gracias a su coraje y su valentía. En el caso de Yerma, la figura de la vieja encaja perfectamente en el prototipo de madre luchadora que vemos en las anteriores obras.

Esta ausencia de la figura paterna se complementa con la ausencia de cualquier voz masculina en *La casa de Bernarda Alba*. El único hombre del que se habla es Pepe, el Romano, y tampoco escuchamos su voz. Sin embargo, conocemos algunas de sus palabras por boca de Angustias. Esta es la evidencia de que lo que pretendía el autor era un drama únicamente de mujeres en el que los varones no tenían que intervenir.

2.6. LOS HIJOS

La relación de los padres con sus hijos se llegó a convertir en esta época en una enseñanza sobre cómo cumplir una serie de instrucciones sociales que en este caso las madres justificaban con la tradición. El no acatamiento de las normas por parte de los hijos daba lugar a fuertes enfrentamientos.

En *La casa de Bernarda Alba* nos enteramos de la relación que tiene la propia Bernarda con sus hijas a través de una intervención suya (fragmento 28 *La casa de Bernarda Alba*, acto 1º, p. 144): “*¡No os hagáis ilusiones de que vais a poder conmigo! ¡Hasta que salga de esta casa con los pies adelante mandaré en lo mío y en lo vuestro!*”. Bernarda pretende imponer sus decisiones a las muchachas. Es muy significativo que diga que hasta su muerte no dejará de actuar así. Lo que nos está

dando a entender es que ella vive por y para hacer cumplir las normas, el deber está por encima de la voluntad de sus hijas.

El fragmento 29 (*La casa de Bernarda Alba*, acto 3º, p. 178) es importante porque se trata de una aclaración directa del valor que tiene para Bernarda una hija que no acata sus normas: “*Una hija que desobedece deja de ser hija para convertirse en enemiga*”. Toda persona que no está con Bernarda está contra ella y da igual que se trate de su familia, el deber es el deber. Antes de que Adela se rebelara contra su madre, Bernarda se sentía orgullosa de que nadie le llevara la contraria y decía frases como: “*Afortunadamente mis hijas me respetan y jamás torcieron mi voluntad*” (fragmento 30 *La casa de Bernarda Alba*, acto 2º, p. 171). Esta situación es la que ella quiere mantener incluso después de ver a su hija sin vida. Es ahí donde vemos a una Bernarda insensible que grita la falsa virginidad de Adela. No podemos sostener que Bernarda es una madre que quiere a sus hijas, porque no hay muestras de amor ni de cariño en toda la obra, al contrario, parece que Bernarda vive con sus peores enemigas. Sus hijas la temen, son infelices con las decisiones de su madre y, por tanto, la relación madre-hijas es más bien la de una carcelera que vigila sin descanso a unas presas.

En *Bodas de sangre*, la madre del Novio actuaba conforme a los mismos principios que Bernarda, no obstante, esta mujer sí muestra un cariño real hacia su hijo, así, en el fragmento 31 (*Bodas de sangre*, acto 1º, cuadro 1º, p. 99) cuando la vecina le reconoce que su hijo vale mucho, la madre del Novio contestará: “*Vale. Por eso lo cuido*”. Es evidente que lo quiere, pero no solo a él, recordemos las innumerables ocasiones en las que la mujer recuerda con tremendo dolor las desgracias que le han ocurrido, ya le habían matado a otro hijo suyo y sus muestras de sufrimiento son constantes en la obra: “*Me duele hasta la punta de las venas*” (fragmento 32 *Bodas de sangre*, acto 2º, cuadro 2º, p. 132). Además, es preciso señalar que este dolor va acompañado de un profundo rencor hacia la familia de los asesinos: “*En la frente de todos ellos ya no veo más que la mano con que mataron a lo que era mío*”. La mujer quiere vengarse de los Félix: “*Tengo en mi pecho un grito siempre puesto de pie a quien tengo que castigar y meter entre los mantos*”. Sin embargo, le pesa más la opinión de la gente y su imagen social, por eso dice: “*Pero me llevan a los muertos y hay que callar. Luego la gente critica*”.

En *Yerma* sabemos que la protagonista no llega a tener hijos. No obstante, su concepto de maternidad aparece en más de una ocasión. En el fragmento 33 (*Yerma*,

acto 1º, cuadro 1º, p. 50) nos explica Yerma: “*Tener un hijo no es tener un ramo de rosas. Hemos de sufrir para verlos crecer. Yo pienso que se nos va la mitad de nuestra sangre. Pero esto es bueno, hermoso. Cada mujer tiene sangre, para cuatro o cinco hijos, y cuando no los tienen se les vuelve veneno, como me va a pasar a mí*”. Yerma se expresa como una madre que espera la llegada de su hijo con todo el cariño del mundo. Es realista y admite que también supone un sacrificio, pero sus ansias de maternidad superan todos los obstáculos. Sin embargo, los límites entre amor y obsesión están aquí un poco difusos. El hecho de que Yerma hable de “veneno” nos hace pensar que ser madre es algo, podríamos decir, obligatorio, por eso dirá: “*Lo tendré porque lo tengo que tener. O no entiendo el mundo*” (fragmento 34 *Yerma*, acto 3º, cuadro 1º, pp. 91-92). Un signo claro de este malestar interno es la siguiente declaración: “*porque es mucho mejor llorar por un hombre vivo que nos apuñala, que llorar por este fantasma sentado año tras año encima de mi corazón*”. Lo que denota este fragmento es impotencia, rabia y sufrimiento, como dice ella, se trata de un “fantasma” que no la deja vivir. Yerma prefiere el daño que le puede hacer alguien que está vivo y no sufrir por algo que no existe.

2.7. ACTITUD VIOLENTA

Una de las características que más destacan en estas obras es la dureza que encontramos tanto en las personalidades de ciertos protagonistas como en sus diálogos, e incluso en algunas de sus actitudes. Sí que es verdad que esta dureza superará los límites convirtiéndose claramente en violencia en varias ocasiones.

En *La casa de Bernarda Alba* el rasgo más significativo del habla de la propia Bernarda es precisamente la violencia. Además, es necesario destacar el elemento que siempre la acompaña, el bastón, que refuerza la idea de poder y de mandato. Y que es protagonista de algún episodio en el que la violencia no es solo verbal. Recordemos el momento en el que Adela acusa a Angustias de asomarse por la rendija del portón para ver a los hombres que se acababan de ir de la casa. La reacción de Bernarda no puede ser más violenta, la golpea con el bastón y le reprocha su actitud indecente (según ella). En el fragmento 35 (*La casa de Bernarda Alba*, acto 1º, pp. 130-131) encontramos sus palabras: “*¿Es decente que una mujer de tu clase vaya con el anzuelo detrás de un hombre el día de la misa de su padre? ¡Contesta! ¿A quién mirabas?*” Analicemos el “decente”, he aquí la causa del enfado de Bernarda. Una de sus hijas está incumpliendo

las normas de una mujer honrada y correcta que no debe procurar mirar nada ni a nadie. Su actitud no es la adecuada, por eso Bernarda la golpea, porque necesita ponerla en su sitio como sea, incluso empleando la violencia. Quizás sea esta una de las muestras que nos dejan ver a un personaje muy primitivo y poco razonable, como ya hemos comentado anteriormente.

En *Bodas de sangre*, la madre del novio manifiesta un lenguaje que muchos críticos han alabado. Cada muestra de su dolor se escribe de la manera más poética, lo que contrasta fuertemente con las intervenciones directas y cortantes de Bernarda. No podemos decir que ambas madres hablan de la misma forma, sin embargo, parece ser que sí comparten el mismo carácter, el mismo genio, cuando sus proyectos se ven afectados y cuando sus principios son violados. Es muy importante señalar en este momento la reacción que tuvo la madre del Novio cuando descubre que la “ya mujer” de su hijo se ha fugado y encima con un descendiente de sus enemigos. En el fragmento 36 (*Bodas de sangre*, acto 2º, cuadro 2º, p. 140) vemos cómo la mujer inmediatamente declara la guerra entre las dos familias: “*Aquí hay dos bandos. (Entran todos). Mi familia y la tuya. Salid todos de aquí. Limpiarse el polvo de los zapatos. Vamos a ayudar a mi hijo. (La gente se separa en dos grupos)... Ha llegado otra vez la hora de la sangre. Dos bandos. Tú con el tuyo y yo con el mío. ¡Atrás! ¡Atrás!*”. La madre es capaz de enfrentar a dos familias para ayudar a su hijo. Esta actitud de coraje podríamos decir que está justificada, ya le habían matado a otro hijo esta misma familia de los Félix, entonces ella sabe que puede haber más muertos y se prepara para lo peor. Es consciente que la boda no va a terminar bien: “*Ha llegado otra vez la hora de la sangre*”. Este personaje es muy fuerte a pesar de todas las veces que se lamenta de sus desgracias, sabe que tiene que luchar, sabe que tiene enemigos, y sabe mirar de frente a la muerte cuando la ve venir. La madre del novio no tiene un lenguaje violento, en cambio, su actitud sí puede serlo, aunque sea en defensa propia.

En *Yerma*, la reacción que tiene la protagonista después de que Juan la busque para disfrutar de ella, es la más violenta de todas. Yerma lo mata con sus propias manos. Sí que es cierto que el lenguaje de Yerma no es violento, es más bien suave, de resignación. Por sus palabras sabemos que Yerma es una persona sumisa que acata todas las órdenes de su marido. Pero, al parecer, antes que esposa es madre, por eso cuando Juan confiesa claramente que no tiene ningún interés en tener hijos, Yerma no le ve sentido a la vida, y le da igual su marido, lo que quiere es liberarse y estar tranquila.

Aquí nos recuerda al comportamiento que tuvo la madre del Novio cuando le mataron a su hijo; de la misma forma quería estar tranquila, en su casa sola, ya nada tenía sentido. La madre del Novio se sentía vacía sin un hijo al que proteger y llevar por el buen camino. Digamos que ya no tiene función social. De la misma manera, Yerma, sabiendo que el deber de una mujer es la cría y su cuidado, al no llegar nunca esa cría para qué aguantar el mismo sufrimiento. Para Yerma Juan no representa amor, Juan es la posibilidad de convertirse en madre, para otra cosa no lo quiere, junto a él el sufrimiento nunca habría acabado. Con el fragmento 37 (*Yerma*, acto 3º, cuadro 2º, p. 111) declaraba Yerma la muerte de Juan: “...*Marchita, marchita, pero segura. Ahora sí que lo sé de cierto. Y sola. (Se levanta. Empieza a llegar gente). Voy a descansar sin despertarme sobresaltada, para ver la sangre me anuncia otra sangre nueva. Con el cuerpo seco para siempre. ¿Qué queréis saber? No os acerquéis, porque he matado a mi hijo ¡Yo misma he matado a mi hijo!*”. Es tal la obsesión de este personaje por el hijo que nunca llega, que una vez que mata a Juan en ningún momento menciona su nombre, es más, habla como si fuera el hijo al que hubiera matado. Se confirma aquí la idea de que Yerma no vio en Juan más que el paso hacia la maternidad, no siente dolor al verlo ya sin vida, al contrario, se siente liberada.

2.8. LA HONRA

Como la mayor de las cargas, se presenta uno de los valores más tenidos en cuenta por las gentes de esta época, la honra. Del miedo a verse cuestionado por otros, el individuo se exige a sí mismo mantener una buena imagen de cara a la sociedad. Nace así la decencia, el encorsetamiento de las pasiones, la represión y la infelicidad en el sentido más amplio de la palabra.

En *La casa de Bernarda Alba*, la propia Bernarda es la máxima defensora de la honra de su familia, su mayor deseo es el reflejo de una imagen limpia ante la sociedad. Por eso lucha con todas sus armas para que esa pureza no se arruine por culpa de alguna de sus hijas. En el fragmento 38 (*La casa de Bernarda Alba*, acto 1º, p. 133), Bernarda, refiriéndose a Angustias, la compara con la actitud liberal de sus tías, y grita: “*¡Cuánto hay que sufrir y luchar para hacer que las personas sean decentes y no tiren al monte demasiado!*”. La expresión “tirar al monte” se entiende aquí como “perder la honra”. Bernarda reconoce que sufre si esta honra se pierde, por eso lucha y hace lo que sea para que sus hijas no dejen de ser personas decentes.

De todas las hijas de Bernarda es Adela quien menos comparte esa idea de decencia. Es la más joven, está en plena edad de conocer a un hombre y por eso no se va a privar de verse con Pepe, el Romano, es más, prefiere la muerte antes que seguir bajo la represión de su madre (fragmento 39 *La casa de Bernarda Alba*, acto 3º, p. 195). Dirá Adela: “*Yo no aguanto el horror de estos techos después de haber probado el sabor de su boca. Seré lo que él quiera que sea. Todo el pueblo contra mí quemándome con sus dedos de lumbre, perseguida por los que dicen que son decentes, y me pondré delante de todos la corona de espinas que tienen las que son querías de algún hombre casado*”. Una vez más se muestra el personaje tan pasional que representa la figura de Adela, colocando en un primer plano la relación que tiene con Pepe, sea como sea, decente o menos decente, para ella representa verdad, necesidad, aire para respirar; si no lo tiene prefiere morir.

En *Bodas de sangre*, una vez que muere su hijo, la madre del Novio está destrozada, pero en medio de ese dolor se acuerda del tema de la honra, por lo que es algo muy importante para ella. En el fragmento 41 (*Bodas de sangre*, acto 3º, cuadro último, p. 162), refiriéndose a la Novia, dirá a la vecina: “*¿La ves? Está ahí y está llorando, y yo quieta sin arrancarle los ojos. No me entiendo, ¿Será que yo no quería a mi hijo? Pero, ¿y su honra? ¿Dónde queda su honra? (Golpea a la novia. Esta cae al suelo)*”. La madre del Novio saca fuerzas de donde no hay y, a pesar de la situación que está viviendo, se preocupa por la honra y se la recrimina a la Novia allí presente, incluso la golpea. No es capaz de perdonarle a la muchacha que se haya fugado con Leandro, y que por su culpa su hijo haya muerto deshonorado, eso es el peor castigo para una mujer que tanto luchó para que su hijo fuera intachable ante los ojos de los demás.

Por su parte, la Novia se defiende ante la mujer, admite que ha sido su culpa pero jura que su honra sigue intacta. Así se defenderá la Novia en el fragmento 42 (*Bodas de sangre*, acto 3º, cuadro último, p. 163): “*¡Calla, calla! Véngate de mí; ¡aquí estoy! Mira que mi cuello es blando; te costará menos trabajo que segar una dalia de tu huerto. Pero ¡eso no! Honrada, honrada como una niña recién nacida. Y fuerte para demostrártelo. Enciende la lumbre. Vamos a meter las manos; tú, por tu hijo, yo, por mi cuerpo. Las retirarás antes tú.*” Tan obsesionada por la honra está la madre como la Novia, aunque esta última haya tenido el valor de fugarse con otro el día de su boda.

Una actitud parecida encontrábamos en Bernarda Alba cuando descubrió a Adela muerta. Lo primero que sintió no fue dolor, sino la necesidad de gritar que había muerto virgen. Este hecho refleja la tremenda preocupación por mantener la honra intacta. No obstante, la madre del Novio sí llorará y sufrirá por su hijo todo lo que Bernarda no lo hizo por Adela. Recordemos sus últimas palabras: “...Ella, la hija menor de Bernarda Alba, ha muerto virgen. ¿Me habéis oído? Silencio, silencio he dicho. ¡Silencio!” (Fragmento 40 *La casa de Bernarda Alba*, acto 3º, p. 199).

En el caso de *Yerma*, quien más lucha por su honra es Juan. En el fragmento 43 (*Yerma*, acto 2º, cuadro 2º, p. 75) dice a sus hermanas: “Una de vosotras debía salir con ella, porque para eso estáis aquí, comiendo en mi mantel y bebiendo mi vino. Mi vida está en el campo, pero mi honra está aquí. Y mi honra es también la vuestra”. La lucha continua por mantener la honra intacta lleva a Juan a meter a sus hermanas en su casa para que vigilen a Yerma. De la misma forma que Bernarda vigilaba a sus hijas sin descanso, como si estuvieran encerradas en una cárcel de la que no pueden salir. Los reclamos de Juan son diarios, todo le molesta, que Yerma salga, que se entretenga, que hable... Todo lo que pueda dar que hablar a la gente Juan tratará de evitarlo.

Yerma, sin embargo, no concibe que sea malo estar fuera de su casa, ella sostiene que respeta a su marido cada vez que saca el tema. Es más, se siente ofendida cuando Juan va a buscarla a casa de la vieja dando por hecho que no estaba haciendo nada decente. Yerma se rebela, tan importante es el tema de la honra para ella como para su marido. Así, en el fragmento 44 (*Yerma*, acto 3º, cuadro 1º, p. 96), dirá “No te dejes hablar ni una sola palabra. Ni una más. Te figuras tú y tu gente que sois vosotros los únicos que guardáis honra y no sabes que mi casta no ha tenido nunca que ocultar. Anda. Acércate a mí y huele mis vestidos, ¡acércate!, a ver donde encuentras un olor que no sea el tuyo, que no sea de tu cuerpo. Me pones desnuda en mitad de la plaza y me escupes. Haz conmigo lo que quieras, que soy tu mujer, pero guárdate de poner nombre de varón sobre mis pechos”. Yerma es capaz de soportar cualquier humillación antes de que la acusen de perder su honra. Tal y como ha demostrado la Novia en *Bodas de sangre*, cuando se presenta a ver a la madre del Novio dispuesta a dejarse matar. Recordemos que la Novia se fugó con su amante el día de su boda, no obstante, regresa a ver a la madre del Novio, a cargar con su culpa, eso sí, defendiendo una y otra vez que a pesar de todo era una mujer honrada.

2.9. EL MIEDO A LOS OTROS

Como hemos estado viendo, la sociedad en la que viven los personajes de las obras de Lorca los obliga a mantener una imagen pública. La honra, la decencia se emplean precisamente para no manchar esta fachada. Pero todo ello nace de un miedo a los otros, al que dirán.

En *La casa de Bernarda Alba*, como se aprecia en el fragmento 45 (*La casa de Bernarda Alba*, acto 1º, pp. 127-128), encontramos las siguientes palabras de Bernarda: “(A Magdalena que inicia el llanto) Chiss. (Golpea con el bastón) (Salen todas. A las que se han ido) ¡Andar a vuestras cuevas a criticar todo lo que habéis visto! Ojalá y tardéis muchos años en pasar el arco de mi puerta”. En numerosas ocasiones hemos visto ese miedo de Bernarda a que vean llorar a sus hijas, se lo advirtió a Angustias cuando la aconsejaba sobre cómo debía comportarse cuando estuviera ya casada y lo vuelve a hacer aquí con Magdalena. Es como si llorar fuera un acto de debilidad hacia los otros, es como abrirles la boca para que opinen gratuitamente. Recordemos que la madre del Novio también odiaba que la vieran llorar. Cuando muere su hijo se obliga a quedarse sola en su casa, es ahí cuando dice la expresión: “*Mi llanto y yo. Y estas cuatro paredes*”. El miedo a los otros hace que las personas se repriman y no se muestren tal y como son, que no expresen lo que están sintiendo. Existe un odio hacia el otro porque es libre para opinar sobre lo bueno y sobre lo malo. Por eso dirá Bernarda: “*¡Andar a vuestras cuevas a criticar todo lo que habéis visto!*”. Ella da por hecho que van a hablar, a opinar, de ahí que no quiera que nadie se entere de lo que ocurre dentro de su casa, solo de lo que cree conveniente, de la imagen que ella pinta, aunque nada sea cierto. En el fragmento 46 (*La casa de Bernarda Alba*, acto 3º, p. 182) Bernarda llega a reconocer que es más importante la “fachada” que los sentimientos. Así comenta: “*Yo no me meto en los corazones, pero quiero buena fachada y armonía familiar*”.

En *Bodas de sangre*, las declaraciones de la madre del Novio que vemos en el fragmento 47 (*Bodas de sangre*, acto 3º, cuadro último, p. 161) dejan ver cómo una persona tan fuerte por fuera se viene abajo cuando sabe que se expone a la opinión de los demás: “*He de estar serena. (Se sienta). Porque vendrán las vecinas y no quiero que me vean tan pobre. ¡Tan pobre! Una mujer que no tiene un hijo siquiera que poderse llevar a los labios*”. Destacamos la palabra “pobre”, la madre del Novio se siente indefensa, sabe que su vida ha dejado de tener sentido y ahora encima la gente

comentará su estado. Le duele la pérdida de su hijo, pero igualmente le duele que vengan las vecinas a verla en esta situación y ella sin poder hacer nada. Toda la fuerza de este personaje se ve reducida cuando es su familia el blanco de las opiniones.

En *Yerma* la persona que vive con ese miedo a los otros es Juan. Lo dice abiertamente en el fragmento 48 (*Yerma*, acto 2º, cuadro 2º, p. 78) mientras reprocha las salidas de Yerma: “*No me gusta que la gente me señale por eso quiero ver cerrada esa puerta y cada persona en su casa*”. Pero el hecho de salir no es solo lo que preocupa a Juan; para él es todavía peor que la puedan ver hablando con alguien “*Cuando te den conversación cierras la boca y piensas que eres una mujer casada*”. Juan es uno de los personajes más inseguros, es capaz de prohibir todo a Yerma con tal de no estar en boca de la gente. Sabe que cuando se siente observado y criticado es el más miserable de los hombres.

Bernarda, la madre del Novio y Juan son los tres personajes más infelices desde el momento que nos muestran sus miedos a ser criticados, por eso sus actitudes son violentas. Prohíben todo aquello que pueda dar que hablar, aunque eso signifique una represión para los suyos. Esa misma sociedad que defienden es la que no los deja mostrarse tal y como son, por eso nunca alcanzarán la felicidad. De la misma forma que Juan, podríamos decir que Yerma también teme a los otros cuando es incapaz de empezar la nueva vida que le propone la vieja, por el miedo al qué dirán. Otros personajes dejan a un lado este miedo a los otros y actúan según su corazón, aquí mencionamos a Adela o a la Novia de *Bodas de sangre*.

3. CONCLUSIONES

Como ya sabemos, *Bodas de sangre* se estrenó en 1933, *Yerma* en 1934 y *La casa de Bernarda Alba* en 1945, póstumamente. Además de ciertos rasgos estilísticos que han llevado a algunos críticos a considerar *La casa de Bernarda Alba* como una obra totalmente diferente a *Yerma* y *Bodas de sangre*; existen unos datos que definen cada una de ellas, son los subtítulos. Así, conocemos que *Bodas de sangre* es una tragedia, *Yerma* un poema trágico y *La casa de Bernarda Alba* un drama, concretamente “drama de mujeres en los pueblos de España”. En 1936 Lorca da a conocer en lecturas privadas *La casa de Bernarda Alba* y de su boca no conocemos ninguna vinculación de las tres

obras, es más, lo que encontramos son comentarios que la diferencian del tipo de teatro que hasta ahora había escrito.

Estos son algunos de los datos que manejamos. Todo esto está muy bien, pero existe en lo más profundo de estos títulos una esencia común que envuelve a las tres obras por igual, se trata de la ambientación rural y el lenguaje simbólico. Parece como si las tres estuvieran escritas el mismo día, con la misma intención, pero con personajes diferentes. Pues bien, algo así es lo que ocurre con los tres personajes que comparamos en cada uno de los puntos que hemos tratado en este trabajo. Se trata de tres madres completamente diferentes que, como hemos comprobado, nacen de la misma necesidad de pertenecer a esa sociedad patriarcal de la que venimos hablando.

En un primer momento se podría haber hecho el análisis comparativo únicamente entre Bernarda y la Madre del Novio que son en realidad las que tienen hijos. La Madre del Novio está cortada con la misma tijera que Bernarda, aunque se oponga a ella en muchos aspectos. No obstante, parecía interesante añadir otro elemento al que referirse en la comparación. Aquí es donde entra en juego Yerma, que no termina de ser madre, es cierto, pero que manifiesta más afecto por un fantasma que no acaba de nacer que, por ejemplo, Bernarda que tiene siete hijas de carne y hueso y es prácticamente como si no tuviera ninguna. Además, es un personaje muy rico que no podía quedar fuera de la comparación por el simple hecho de que constituye una simbiosis entre la sumisión que le otorga Lorca a la figura de la mayoría de los hijos obedientes y el carácter brutal que comparte con Bernarda o La Madre del Novio cuando sus objetivos no son alcanzados, es decir, cuando su labor como madre no está siendo realizada de la manera que ellas mismas se exigen.

Entre los corazones más fríos se encuentra el de Bernarda Alba, personaje central de la obra a la que pertenece. Se trata de una mujer tradicional y conservadora que se acaba de quedar viuda siendo madre de siete hijas. No podemos decir que esta mujer manifieste dolor por la pérdida de su marido, al contrario se mostrará entera en todo momento, sabiendo qué hacer y qué decir, muy metida en su papel. Es consciente de que a partir de ahora será la encargada de manejar su casa y con ella la vida de sus siete hijas. Es tan claro su objetivo que desde el primer momento se presenta como una auténtica guerrera dispuesta a ganar la batalla y prohibiéndose a sí misma dar muestras de flaqueza. El luto que declara Bernarda es la excusa perfecta para mantener a sus hijas

encerradas y controlarlas en todo momento. Esta situación tan extrema nace de un continuo miedo a lo que pueda pensar el otro, la boca que juzga, la que opina, la que critica, sea para bien o para mal, no importa. Bernarda no busca unas hijas felices, Bernarda quiere que de la puerta de su casa hacia fuera no haya ni un solo motivo para hablar de su familia. Es evidente que quiere guardar una imagen social y está dispuesta a pasar por encima de lo que sea. Es por eso que sus hijas llegan a vivir con su peor enemiga, una mujer que les dio la vida y en vida las está matando.

La dureza de sus palabras, el tono cortante de su voz, el bastón de mando que siempre la acompaña, la violencia con la que trata a las hijas o incluso a su propia madre, a la que tiene encerrada, hace que recreemos en nuestra mente a una mujer que está muy lejos de ser lo que hoy conocemos como “madre”. Es una carcelera y que por más que intentamos justificar su actuación, a través de la tradición o a través de esa sociedad patriarcal, no podemos disculparla. Estamos completamente convencidos de que su labor como madre es pésima cuando se expresa al final de la obra ante su hija ya muerta (fragmento 40 *La casa de Bernarda Alba*, acto 3º, p. 199): “*Y no quiero llantos. La muerte hay que mirarla cara a cara. ¡Silencio! (A otra hija.) ¡A callar he dicho! (A otra hija.) Las lágrimas cuando estés sola. ¡Nos hundiremos todas en un mar de luto! Ella, la hija menor de Bernarda Alba, ha muerto virgen. ¿Me habéis oído? Silencio, silencio he dicho. ¡Silencio!*”. En primer lugar, destacamos la entereza para afrontar una muerte de un familiar, exactamente igual que hizo cuando se murió su marido, sin derramar una sola lágrima, como si tuviera el corazón congelado. Además, esta actitud se la quiere hacer llegar a sus hijas a las que les prohíbe llorar. Al volver a mencionar el luto nos damos cuenta, incluso en los peores momentos de su vida, no se deja arrastrar por el sentimentalismo y mira hacia la tradición, hacia el deber. Pareciera que en su cabeza no tuviera cabida el dolor, porque hay una lista de comportamientos para cada situación escritos por esa sociedad a la que se encuentra sujeta.

A semejanza de Bernarda se dibuja la madre del Novio, personaje principal en torno al que giran todos los acontecimientos de *Bodas de sangre*. Esta mujer también se encuentra muy sujeta a la tradición y también se ha quedado viuda. La muerte del marido causa mucho sufrimiento a la madre del Novio, nada que ver con la frialdad de Bernarda, aquí ambas se oponen totalmente. Sin embargo, esta mujer sabrá resignarse y sacar fuerzas de flaqueza para afrontar todas las obligaciones que le llegan como madre. El coraje será uno de los elementos en común entre estas dos madres luchadoras. Del

mismo modo que la anterior, esta mujer es consciente de que tiene que cumplir su obligación como madre instructora y buscarle un buen futuro a su hijo. Sí que es cierto que su hijo es varón y entonces quizás no se tenga que ver en la necesidad de inculcar una mentalidad machista ya que el que sale ganando, por así decirlo, es el hijo; nada que ver con las hijas de Bernarda, que a pesar de que algunas apoyaban esta desigualdad de género, el descontento era mayoritario. Decimos que esta función de madre que soluciona la vida de su hijo llega a su fin precisamente cuando el hijo fallece. Es en este momento cuando vemos a una madre sufriendo y que, como ella misma confesaba, no tiene nadie más por quien luchar, es decir, se quiere morir igualmente, porque su vida acaba de perder sentido, no tiene un hijo al que proteger ni un marido al que cuidar, parece como si fuera totalmente necesaria la figura de un varón para seguir viviendo. A este dolor se le suma la vergüenza que representa para la madre del Novio haberse quedado sin un hijo al que llevarse a los labios. Ella misma nos manifestaba su angustia cuando temía que llegaran las vecinas y la vieran “así”, es decir, como si estuviera desnuda, como si fuera ella el blanco de todas las críticas. Nuevamente el miedo a los otros y a la crítica sume al personaje en un tremendo malestar del que en este caso se nos hace partícipes, no como Bernarda que, aún viviendo una mala situación y sintiendo las mismas sensaciones de vulnerabilidad que la madre del Novio, pretendía tapar el sol con un dedo gritando silencio.

Buscando el mismo momento en el que la madre se encuentra con el hijo ya sin vida, hemos elegido este fragmento para comparar ambas reacciones, la de Bernarda con Adela y la de la Madre del Novio con su hijo. Así, en el fragmento 49 (*Bodas de sangre*, acto 3º, cuadro último, p. 161) encontramos las siguientes palabras de la mujer: “*Calla, he dicho. (En la puerta) ¿No hay nadie aquí? (Se lleva las manos a la frente.) Debía contestarme mi hijo. Pero mi hijo es ya un brazado de flores secas. Mi hijo es ya una voz oscura detrás de los montes. (Con rabia a la vecina). ¿Te quieres callar? No quiero llantos en esta casa. Vuestras lágrimas son lágrimas de los ojos nada más, y las mías vendrían cuando yo esté sola, de las plantas de mis pies, de mis raíces, y serían más ardientes que la sangre.*” Lo más evidente de este fragmento es, sin duda, la similitud entre el “silencio” de Bernarda y el “calla” de la madre del Novio. Las dos están ardiendo de impotencia porque la situación se les ha ido de las manos y entonces gritan y se desesperan, no son capaces de hacer otra cosa. Ahora bien, cuando llega el momento de referirse al hijo, muy lejos de las duras palabras de Bernarda, encontramos

el verdadero sufrimiento de una madre. Es muy significativa la sequedad con la que habla Bernarda y la riqueza poética con la que se refiere la madre del Novio a su hijo, al que compara con un brazado de flores secas o una voz oscura detrás de los montes. Si nos damos cuenta repite hasta tres veces en la misma intervención “mi hijo”, porque lo que realmente le apena es su ausencia.

Sin abandonar el tremendo carácter que ambas madres mostraron a lo largo de las obras en las que se insertan, aparece Yerma rompiendo todos los esquemas. Este personaje no tiene una definición clara, es más bien una mezcla de sentimientos que acaba explotando en el último momento. Yerma se nos presenta como eje de su obra, podría ser la hija ya instruida de Bernarda o la Madre del Novio que también espera ser madre al igual que las otras dos. Tiene una personalidad a simple vista sumisa, ella misma nos relató cómo aceptó a Juan con alegría y sin poner ningún impedimento, ya que esa fue la voluntad de sus padres. Tiene, por tanto en común con los otros dos personajes esa actitud conservadora, que entre otras cosas, anulaba su voz en la decisión del matrimonio, algo que ella asumirá sin sobresaltos. La función que hay que cumplir dentro de esa sociedad patriarcal es algo que preocupará a los tres personajes por igual. Yerma ya ha cumplido parte de su deber como hija obediente casándose con el marido que le han impuesto, el siguiente paso son los hijos, pero es que los hijos no llegan, he aquí la causa de la frustración de la protagonista. Yerma se ve incapacitada para terminar su deber como esposa. Siente la impotencia que sentía Bernarda cuando su hija había muerto deshonrada y la impotencia que sentía la madre del Novio cuando la Novia se fuga con Leandro, es decir, cuando sus planes y los de la sociedad a la que se encuentran sujetas no se cumplen.

Igual que Bernarda cogió la escopeta para acabar con la vida de Pepe cuando se enteró de lo sucedido, o la Madre del Novio cuando divide las familias en dos bandos dando paso a una guerra tras saber que la ya novia de su hijo se ha fugado con uno de sus enemigos, Yerma no dudará en matar a Juan con sus propias manos, tal y como vemos en el fragmento 37 (*Yerma*, acto 3º, cuadro 2º, p. 111): “*Eso nunca. Nunca. (Yerma da un grito y aprieta la garganta de su esposo. Este cae hacia atrás. Yerma le aprieta la garganta hasta matarle. Empieza el coro de la romería.) Marchita, marchita, pero segura. Ahora sí que lo sé de cierto. Y sola. (Se levanta. Empieza a llegar gente.) Voy a descansar sin despertarme sobresaltada, para ver si la sangre me anuncia otra*

sangre nueva. Con el cuerpo seco para siempre. ¿Qué queréis saber? No os acerquéis, porque he matado a mi hijo. ¡Yo misma he matado a mi hijo!”

En el momento en el que Juan se acerca a Yerma porque la desea como mujer ella reacciona de la peor manera. Aquí se confirma que no existía ningún tipo de afecto, este hombre representaba en la vida de Yerma una pareja ante los ojos de los demás, pero en la realidad simplemente constituía la posibilidad de poder convertirse en madre. Una vez que Yerma sabe por su boca que eso nunca pasará, porque no es algo imprescindible para él, lo mata. Acaba de triunfar la violencia que ha generado la idea absurda de que el deber de una mujer casada es el de la cría y su cuidado, sin tenerse en cuenta que antes que madre, Yerma es persona, única e irrepetible, por tanto, ponerla a la altura de cualquier hembra animal como si se tratara de un elemento que únicamente sirve para procrear, es la mayor de las injusticias.

Llama mucho la atención que igual que Bernarda se refería a Adela como la hija menor de Bernarda Alba, Yerma se refiera a Juan directamente como su hijo. Aquí se ven perfectamente las dos obsesiones de estos personajes, que ven lo que quieren ver en estos momentos de máxima concentración dramática, sus obsesiones.

Una vez analizadas las tres personalidades de nuestras protagonistas lorquianas podemos llegar a la conclusión de que las madres que nos presenta Lorca en sus obras son unos seres complejos, llenos de imposiciones, miedos y deseos. Son personajes muy ricos dramáticamente que ofrecen un completo análisis con el que podemos deducir algunos de los aspectos que comparten y que evidencian el nacimiento común de Bernarda, la Madre del Novio y Yerma.

Estas tres mujeres son torrentes literarios al lado de los personajes masculinos que en obras como en *La casa de Bernarda Alba* ni siquiera tienen palabra. En ellas se encuentran mil y unas sensaciones acumuladas; por eso son completamente geniales. Partimos de la base de que las tres mujeres que hemos comparado se encuentran sujetas a una sociedad patriarcal que le asigna unos deberes que ellas mismas son conscientes que tienen que cumplir. Se obsesionan de tal forma con las metas que se les imponen a las mujeres que se les va su vida en ello. Bernarda se convertirá en una carcelera por guardar la honra de sus hijas provocando un infierno que dará lugar al suicidio de su hija menor, Adela; la Madre del Novio se sentirá vacía ante la ausencia de su hijo muerto, y Yerma acabará con la vida de su marido por no conseguir quedarse

embarazada. Estas son las tres desgracias que encontramos por culpa de esa sociedad machista en la que viven.

Sus comportamientos, justificables o no, dejan mucho que desear. Son los propios de personas que actúan sin pensar, siguiendo un objetivo y sin medir las consecuencias. De ahí que tengan actitudes más primitivas, como imponer su autoridad a la fuerza, dar voces, agredir... Alguien dijo una vez que las mentes vacías son las que más ruido hacen y aquí estamos comprobando la veracidad de esta máxima. Quizás el comportamiento más violento de todos lo tenga Bernarda Alba, recordemos el episodio en el que golpea a su hija con el bastón, las innumerables veces que manda a callar gritando silencio, las órdenes, las prohibiciones... Ella, en sí representa la más terrible de las ignorancias. Le sigue la madre del Novio, como ya sabemos, con un nivel mucho más bajo que el de Bernarda. Recordemos que, cuando se entera de la fuga de la Novia, declara la guerra entre las dos familias y se prepara para la desgracia. Finalmente Yerma: sería injusto decir que tiene comportamiento violento durante la obra porque como veíamos, era una esposa obediente, lo que ocurre con este personaje es que fue acumulando su ira hasta que explotó en el último momento llegando a matar a la persona con la que se había casado. En cualquier caso, nos queda claro que todas aquellas instrucciones que se les daban a los hijos antes de casarse y los deberes que se les imponían a los hombres y a las mujeres, dependiendo de su sexo, no servían para absolutamente nada. Angustias nunca hubiera sido dichosa al lado de Pepe porque él ardía con Adela, que era de su misma edad, no con ella. El Novio en ningún momento habría hecho feliz a la Novia, porque ella estaba enamorada de Leandro. Y finalmente comprobamos cómo Yerma no es capaz de sentirse bien, aun siguiendo todas estas normas sociales, porque no siente nada por Juan, está enamorada de Víctor.

Lo que se ha hecho en estas obras es encorsetar los sentimientos verdaderos y cambiarlos por unas leyes vacías e interesadas que condenaban a los personajes desde su nacimiento, concretamente a las mujeres. Es por eso que esta desigualdad de género que percibimos en las obras de Federico García Lorca no debe caer en ningún caso en el olvido, ya que, además de constituir obras elementales de la literatura hispánica, manifiestan una crónica importantísima de lo que representó la mujer en aquella época.

4. BIBLIOGRAFÍA

Doménech, Ricardo, *García Lorca y la tragedia española*, Madrid, Fundamentos, 2008.

García Lorca, Federico, *Bodas de sangre*, ed. Allen Josephs y Juan Caballero, Madrid, Cátedra, 1988.

García Lorca, Federico, *La casa de Bernarda Alba*, ed. Allen Josephs y Juan Caballero, Madrid, Cátedra, 1987.

García Lorca, Federico, *Yerma*, ed. Ildfonso-Manuel Gil, Madrid, Cátedra, 1978.

García-Posada, Miguel, ed., *Obras completas de Federico García Lorca*, Barcelona, Galaxia Gutemberg, 1996-1997, 4 vols., v. 2.

ANEXO

FRAGMENTO 1: *La casa de Bernarda Alba* (acto 2º, p. 167):

Angustias: Yo no tengo la culpa de que Pepe el Romano se haya fijado en mí.

Adela: ¡Por tus dineros!

Angustias: ¡Madre!

Bernarda: ¡Silencio!

Martirio: Por tus marjales y arboledas.

Magdalena: ¡Eso es lo justo!

Bernarda: ¡Silencio digo! Yo veía la tormenta venir, pero no creía que estallara tan pronto. ¡Ay, qué pedrisco de odio habéis echado sobre mi corazón! Pero todavía no soy anciana y tengo cinco cadenas para vosotras y esta casa levantada por mi padre para que ni las hierbas se enteren de mi desolación. ¡Fuera de aquí! (*Salen. Bernarda se sienta desolada. Poncia está de pie arrimada a los muros. Bernarda reacciona, da un golpe en el suelo y dice:*) ¡Tendré que sentarles la mano! Bernarda: acuérdate que esta es tu obligación.

FRAGMENTO 2: *Bodas de sangre* (acto 1º, cuadro 3º, p. 112):

Madre: (...) ¿Tú sabes lo que es casarse, criatura?

Novia (*seria*): Lo sé.

Madre: Un hombre, unos hijos y una pared de dos varas de ancho para todo lo demás.

Novio: ¿Es que hace falta otra cosa?

Madre: No. Que vivan todos, ¡eso! ¡Que vivan!

Novia: Yo sabré cumplir.

FRAGMENTO 3: *Yerma* (acto 1º, cuadro 2º, p. 56):

Yerma: Mi marido es otra cosa. Me lo dio mi padre y yo lo acepté. Con alegría. Esta es la pura verdad. Pues el primer día que me puse novia con él ya pensé... en los hijos... Y me miraba en sus ojos. Sí, pero era para verme muy chica, muy manejable como si yo misma fuera hija mía.

FRAGMENTO 4: *La casa de Bernarda Alba* (acto 3º, p. 183):

Bernarda: No le debes preguntar. Y cuando te cases, menos. Habla si él te habla y míralo cuando te mire. Así no tendrás disgustos.

Angustias: Yo creo, madre, que él me oculta muchas cosas.

Bernarda: No procures descubrirlas, no le preguntes y, desde luego, que no te vea llorar jamás.

Angustias: Debía estar contenta y no lo estoy.

Bernarda: Eso es lo mismo.

FRAGMENTO 5: *Bodas de sangre* (acto 2º, cuadro 2º, p. 138):

Madre: Con tu mujer procura estar cariñoso, y si la notaras infatuada o arisca, hazle una caricia que le produzca un poco de daño, un abrazo fuerte, un mordisco y luego un beso suave. Que ella no pueda disgustarse, pero que sienta que tú eres el macho, el amo, el que manda (...)

Novio: Yo siempre haré lo que usted mande.

FRAGMENTO 6: *Yerma* (acto 1º, cuadro 2º, p. 56):

Yerma: (...) Yo me entregué a mi marido por él, y me sigo entregando para ver si llega, pero nunca por divertirme.

FRAGMENTO 7: *Yerma* (acto 3º, cuadro 1º, p. 92):

Dolores: Tu marido es bueno.

Yerma (*Se levanta.*): ¡Es bueno! ¡Es bueno! ¿Y qué? Ojalá y fuera malo. Pero no. Él va con sus ovejas por sus caminos y cuenta el dinero por las noches. Cuando me cubre,

cumple con su deber, pero yo le noto la cintura fría como si tuviera el cuerpo muerto y yo, que siempre he tenido asco de las mujeres calientes, quisiera ser en aquel instante como una montaña de fuego.

FRAGMENTO 8: *La casa de Bernarda Alba* (acto 1º, p. 129):

Magdalena: Malditas sean las mujeres.

Bernarda: (...) Hilo y aguja para las hembras. látigo y mula para el varón. Eso tiene la gente que nace con posibles.

FRAGMENTO 9: *La casa de Bernarda Alba* (acto 2º, pp. 159-160):

Adela: Se les perdona todo.

Amelia: Nacer mujer es el mayor castigo.

Magdalena: Y ni nuestros ojos siquiera nos pertenecen.

FRAGMENTO 10: *Bodas de sangre* (acto 1º, cuadro 1º, p. 95):

Madre: Qué me gustaría que fueras una mujer. No te irías al arroyo ahora y bordaríamos las dos cenefas y perritos de lana.

FRAGMENTO 11: *Bodas de sangre* (acto 1º, cuadro 1º, p. 97):

Novio: El primero para usted.

Madre: Sí, pero que haya niñas. Que yo quiero bordar y hacer encaje y estar tranquila.

FRAGMENTO 12: *Bodas de sangre* (acto 2º, cuadro 2º, p. 132):

Padre: Yo quiero que tengan muchos. Esta tierra necesita brazos que no sean pagados. Hay que sostener una batalla con las malas hierbas, con los cardos, con los pedruscos que salen no se sabe dónde. Y estos brazos tienen que ser de los dueños, que castiguen y que dominen, que hagan brotar las simientes. Se necesitan muchos hijos.

Madre: ¡Y alguna hija! ¡Los varones son del viento! Tienen por fuerza manejar armas. Las niñas no salen jamás a la calle.

FRAGMENTO 13: *Yerma* (acto 2º, cuadro 2º, pp. 75-76):

Yerma: ¿Te quedarás?

Juan: He de cuidar el ganado. Tú sabes que esto es cosa del dueño.

Yerma: Lo sé muy bien. No lo repitas.

Juan: Cada hombre tiene su vida.

Yerma: Y cada mujer la suya (...)

(...)

Juan: ¿Es que no conoces mi modo de ser? Las ovejas en el redil y las mujeres en su casa. Tú sales demasiado. ¿No me has oído decir esto siempre?

FRAGMENTO 14: *Yerma* (acto 2º, cuadro 2º, pp. 77-78):

Yerma: Pero yo no soy tú. Los hombres tienen otra vida, los ganados, los árboles, las conversaciones; las mujeres no tenemos más que esta de la cría y el cuidado de la cría.

FRAGMENTO 15: *La casa de Bernarda Alba* (acto 1º, pp. 128-129):

Martirio: Yo no tengo calor.

Bernarda: Pues busca otro, que te hará falta. En ocho años que dure el luto no ha de entrar en esta casa el viento de la calle. Hacemos cuenta que hemos tapiado con ladrillos puertas y ventanas. Así pasó en casa de mi padre y en casa de mi abuelo. Mientras, podéis empezar a bordaros el ajuar. En el arca tengo veinte piezas de hilo con el que podréis cortar sábanas y embozos. Magdalena puede bordarlas.

FRAGMENTO 16: *La casa de Bernarda Alba* (acto 1º, pp. 141-142):

Martirio: ¿Qué piensas, Adela?

Adela: Pienso que este luto me ha cogido en la peor época de mi vida para pasarlo.

Magdalena: Ya te acostumbrarás.

Adela (*Rompiendo a llorar con ira*): No me acostumbraré. Yo no puedo estar encerrada. No quiero que se me pongan las carnes como a vosotras; no quiero perder mi blancura

en estas habitaciones; mañana me pondré mi vestido verde y me echaré a pasear por la calle. ¡Yo quiero salir!

FRAGMENTO 17: *La casa de Bernarda Alba* (acto 1º, pp. 145-146):

Mª Josefa: Me escapé porque me quiero casar, porque quiero casarme con un varón hermoso de la orilla del mar, ya que aquí los hombres huyen de las mujeres.

Bernarda: ¡Calle usted, madre!

Mª Josefa: No, no me callo. No quiero ver a estas mujeres solteras, rabiando por la boda, haciéndose polvo el corazón, y yo me quiero ir a mi pueblo. Bernarda, yo quiero un varón para casarme y para tener alegría.

Bernarda: ¡Encerradla!

Mª Josefa: Déjame salir, Bernarda

(La criada coge a Mª Josefa)

Bernarda: ¡Ayudadla vosotras! *(Todas arrastran a la vieja.)*

Mª Josefa: ¡Quiero irme de aquí! ¡Bernarda! ¡A casarme a la orilla del mar, a la orilla del mar!

FRAGMENTO 18: *Bodas de sangre* (acto 2º, cuadro 1º, p. 115):

Criada: Aquí te acabaré de peinar.

Novia: No se puede estar ahí dentro, del calor.

Criada: En estas tierras no refresca ni al amanecer. *(Se sienta la novia en una silla baja y se mira en un espejito de mano. La criada la peina.)*

Novia: Mi madre era de un sitio donde había muchos árboles. De tierra rica.

Criada. ¡Así era ella de alegre!

Novia: Pero se consumió aquí.

Criada: El sino.

Novia: Como nos consumimos todas. Echan fuego las paredes. ¡Ay! No tires demasiado.

FRAGMENTO 19: *Bodas de sangre* (acto 3º, cuadro último, p. 161):

Vecina: Vente a mi casa; no te quedes aquí.

Madre: Aquí. Aquí quiero estar. Y tranquila. Ya todos están muertos. (...) No quiero ver a nadie. La tierra y yo. Mi llanto y yo. Y estas cuatro paredes. ¡Ay! ¡Ay! (*Se sienta transida*).

FRAGMENTO 20: *Yerma* (acto 1º, cuadro 1º, p. 44):

Juan: Si necesitas algo me lo dices y lo traeré. Ya sabes que no me gusta que salgas.

Yerma: Nunca salgo.

Juan: Estás mejor aquí.

Yerma: Sí.

Juan: La calle es para la gente desocupada.

Yerma: Claro.

FRAGMENTO 21: *Yerma* (acto 2º, cuadro 2º, p. 85):

Yerma: Haces bien de cambiar de campos.

Víctor: Todos los campos son iguales.

Yerma: No. Yo me iría muy lejos.

Víctor: Es todo lo mismo. Las mismas ovejas tienen la misma lana.

Yerma: (...) De mí sé decir que he aborrecido el agua de estos pozos.

FRAGMENTO 22: *Yerma* (acto 1º, cuadro 2º, p. 60):

Muchacha 2ª: También tú me dirás loca, “la loca, la loca” (*Ríe.*) Yo te puedo decir lo único que he aprendido en la vida: toda la gente está metida en sus casas haciendo lo que no les gusta. Cuánto mejor se está en medio de la calle. Ya voy al arroyo, ya subo a tocar campanas, ya me tomo un refresco de anís.

FRAGMENTO 23: *Yerma* (acto 2º, cuadro 1º, p. 67):

Lavandera 4ª: Porque dan miedo. Son como esas hojas grandes que nacen de pronto sobre los sepulcros. Están untadas con cera. Son metidas hacia adentro. Se me figura que guisan su comida con el aceite de las lámparas.

FRAGMENTO 24: *La casa de Bernarda Alba* (acto 1º, p. 129):

Magdalena: Malditas sean las mujeres.

Bernarda: Aquí se hace lo que yo mando. Ya no puedes ir con el cuento a tu padre. (...)

FRAGMENTO 25: *La casa de Bernarda Alba* (acto 3º, p. 179):

Bernarda: (...) ¡Ay, qué vida!

Prudencia: Bregando como un hombre.

Bernarda: Así es. (...)

FRAGMENTO 26: *Bodas de sangre* (acto 2º, cuadro 2º, p. 138):

Madre: (...) Así aprendí de tu padre. Y como no lo tienes, tengo que ser yo la que te enseñe estas fortalezas.

Novio: Yo siempre haré lo que usted mande.

FRAGMENTO 27: *Yerma* (acto 3º, cuadro 2º, p. 107):

Yerma: Una maldición. Un charco de veneno sobre las espigas.

Vieja: Pero tú tienes pies para marcharte de tu casa.

Yerma: ¿Para marcharme?

Vieja: (...) Mi hijo está sentado detrás de la ermita esperándote. Mi casa necesita una mujer. Vete con él viviremos los tres juntos. Mi hijo sí es de sangre. (...)

Yerma: ¡Calla, calla, si no es eso! Nunca lo haría. (...)

(...)

Vieja: No me das ninguna lástima, ninguna. Yo buscaré otra mujer para mi hijo.

FRAGMENTO 28: La casa de Bernarda Alba (acto 1º, p. 144):

Bernarda (*Golpeando con el bastón en el suelo.*): No os hagáis ilusiones de que vais a poder conmigo. ¡Hasta que salga de esta casa con los pies delante mandaré en lo mío y en lo vuestro!

FRAGMENTO 29: La casa de Bernarda Alba (acto 3º, p. 178):

Bernarda: Una hija que desobedece deja de ser hija para convertirse en una enemiga.

FRAGMENTO 30: La casa de Bernarda Alba (acto 2º, p. 171):

Bernarda: Afortunadamente mis hijas me respetan y jamás torcieron mi voluntad.

FRAGMENTO 31: Bodas de sangre (acto 1º, cuadro 1º, p. 99):

Vecina: Tienes razón. Tu hijo vale mucho.

Madre: Vale. Por eso lo cuido. (...)

FRAGMENTO 32: Bodas de sangre (acto 2º, cuadro 2º, p. 132):

Madre: Me duele hasta la punta de las venas. En al frente de todos ellos yo no veo más que la mano con que mataron a lo que era mío. ¿Tú me ves a mí? ¿No te parezco loca? Pues es loca de no haber gritado todo lo que mi pecho necesita. Tengo en mi pecho un grito siempre puesto de pie a quien tengo que castigar y meter entre los mantos. Pero me llevan a los muertos y hay que callar. Luego la gente critica.

FRAGMENTO 33: Yerma (acto 1º, cuadro 1º, p. 50):

María: Dicen que con los hijos se sufre mucho.

Yerma: Mentira. Eso lo dicen las madres débiles, las quejumbrosas. ¿Para qué los tienen? Tener un hijo no es tener un ramo de rosas. Hemos de sufrir para verlos crecer. Yo pienso que se nos va la mitad de nuestra sangre. Pero esto es bueno, sano, hermoso. Cada mujer tienen sangre para cuatro o cinco hijos y cuando no los tienen se les vuelve veneno, como me va a pasar a mí.

FRAGMENTO 34: *Yerma* (acto 3º, cuadro 1º, pp. 91-92):

Yerma: (...) A mí no me da asco de mi hijo. Yo tengo la idea de que las recién paridas están como iluminadas por dentro, y los niños se duermen horas y horas sobre ellas, oyendo ese arroyo de leche tibia que les va llenando los pechos para que ellos mamen, para que ellos jueguen hasta que no quieran más, hasta que retiren la cabeza: “otro poquito más, mi niño...” y se les llena la cara y el pecho de gotas blancas.

Dolores: Ahora tendrás un hijo. Te lo puedo asegurar.

Yerma: Lo tendré porque lo tengo que tener. O no entiendo el mundo. (...)

(...)

Yerma: (...) Yo quiero tener a mi hijo en los brazos para dormir tranquila, y óyelo bien y no te espantes de lo que te digo: aunque ya supiera que mi hijo me iba a martirizar después y me iba a odiar y me iba a llevar de los cabellos por las calles, recibiría con gusto su nacimiento, porque es mucho mejor llorar por un hombre vivo que nos apuñala, que llorar por este fantasma sentado año tras año encima de mi corazón.

FRAGMENTO 35: *La casa de Bernarda Alba* (acto 1º, pp. 130-131):

Bernarda: Sí, pero no el pañuelo de la cabeza. (*Entra Adela.*) ¿Y Angustias?

Adela (*Con intención.*): La he visto asomada a la rendija del portón. Los hombres se acaban de ir.

Bernarda: ¿Y tú a qué fuiste también al portón?

Adela: Me llegué a ver si habían puesto las gallinas.

Bernarda: ¡Pero el duelo de los hombres habría salido ya!

Adela (*Con intención.*): Todavía estaba un grupo parado por fuera.

Bernarda (*Furiosa.*): ¡Angustias! ¡Angustias!

Angustias (*Entrando.*): ¿Qué manda usted?

Bernarda: ¿Qué mirabas y a quién?

Angustias: A nadie.

Bernarda: ¿Es decente que una mujer de tu clase vaya con el anzuelo detrás de un hombre el día de la misa de su padre? ¡Contesta! ¿A quién mirabas?

(Pausa.)

Angustias: Yo...

Bernarda: ¡Tú!

Angustias: ¡A nadie!

Bernarda (*Avanzando y golpeándola.*): ¡Suave! ¡Dulzarrona!

Poncia (*Corriendo.*): ¡Bernarda, cálmate! (*La sujeta.*)

(*Angustias llora.*)

Bernarda: ¡Fuera de aquí todas!

FRAGMENTO 36: *Bodas de sangre* (acto 2º, cuadro 2º, p. 140):

Madre: Al agua se tiran las honradas, las limpias; ¡ésa, no! Pero ya es mujer de mi hijo. Dos bandos. Aquí hay dos bandos. (*Entran todos.*) Mi familia y la tuya. Salid todos de aquí. Limpiarse el polvo de los zapatos. Vamos a ayudar a mi hijo. (*La gente se separa en dos grupos.*) Porque tiene gente; que son sus primos del mar y todos los que llegan de tierra adentro. ¡Fuera de aquí! Por todos los caminos. Ha llegado otra vez la hora de la sangre. Dos bandos. Tú con el tuyo y yo con el mío. ¡Atrás! ¡Atrás!

FRAGMENTO 37: *Yerma* (acto 3º, cuadro 2º, p. 111):

Yerma: ¿Qué buscas?

Juan: A ti te busco. Con la luna estás hermosa.

Yerma: Me buscas como cuando te quieres comer una paloma.

Juan: Bésame..., así.

Yerma: Eso nunca. Nunca. (*Yerma da un grito y aprieta la garganta de su esposo. Éste cae hacia atrás. Le aprieta la garganta hasta matarle. Empieza el coro de la romería.*)
Marchita. Marchita, pero segura. Ahora sí que lo sé de cierto. Y sola. (*Se levanta. Empieza a llegar gente.*) Voy a descansar sin despertarme sobresaltada, para ver si la

sangre me anuncia otra sangre nueva. Con el cuerpo seco para siempre. ¿Qué queréis saber? No os acerquéis, porque he matado a mi hijo, ¡yo misma he matado a mi hijo!

FRAGMENTO 38: *La casa de Bernarda Alba* (acto 1º, p. 133):

Bernarda: Esa sale a sus tías; blandas y untosas que ponían ojos de carnero al piropo de cualquier barberillo. ¡Cuánto hay que sufrir y luchar para hacer que las personas sean decentes y no tiren al monte demasiado!

FRAGMENTO 39: *La casa de Bernarda Alba* (acto 3º, p. 195):

Adela: Ya no aguanto el horror de estos techos después de haber probado el sabor de su boca. Seré lo que él quiera que sea. Todo el pueblo contra mí, quemándome con sus dedos de lumbre, perseguida por los que dicen que son decentes, y me pondré delante de todos la corona de espinas que tienen las que son queridas de algún hombre casado.

FRAGMENTO 40: *La casa de Bernarda Alba* (acto 3º, p. 199):

Bernarda: Y no quiero llantos. La muerte hay que mirarla cara a cara. ¡Silencio! (*A otra hija.*) ¡A callar he dicho! (*A otra hija.*) ¡Las lágrimas cuando estés sola! Nos hundiremos todas en un mar de luto. Ella, la hija menor de Bernarda Alba, ha muerto virgen. ¿Me habéis oído? ¡Silencio, silencio he dicho! ¡Silencio!

FRAGMENTO 41: *Bodas de sangre* (acto 3º, cuadro último, p. 162):

Madre: Por eso pregunto quién es. Porque tengo que no reconocerla, para no clavarle mis dientes en el cuello. ¡Víbora! (*Se dirige hacia la novia con ademán fulminante; se detiene. A la vecina.*) ¿La ves? Está ahí, y está llorando, y yo quieta sin arrancarle los ojos. No me entiendo. ¿Será que yo no quería a mi hijo? Pero ¿y su honra? ¿Dónde está su honra? (*Golpea a la novia. Ésta cae al suelo.*)

FRAGMENTO 42: *Bodas de sangre* (acto 3º, cuadro último, p. 163):

Madre: Ella no tiene la culpa, ¡ni yo! (*Sarcástica.*) ¿Quién la tiene, pues? ¡Floja, delicada, mujer de mal dormir es quien tira una corona de azahar apara buscar un pedazo de cama calentado por otra mujer!

Novia: ¡Calla, calla! Véngate de mí; ¡aquí estoy! Mira que mi cuello es blando; te costará menos trabajo que segar una dalia de tu huerto. Pero ¡eso no! Honrada, honrada

como una niña recién nacida. Y fuerte para demostrártelo. Enciende la lumbre. Vamos a meter las manos: tú, por tu hijo; yo, por mi cuerpo. Las retirarás antes tú.

FRAGMENTO 43: *Yerma* (acto 2º, cuadro 2º, p. 75):

Juan: ¿Dices que salió hace poco? (*La hermana mayor contesta con la cabeza.*) Debe estar en la fuente. Pero ya sabéis que no me gusta que salga sola. (*Pausa.*) Puedes poner la mesa. (*Sale la hermana menor.*) Bien ganado tengo el pan que como. (*A su hermana.*) Ayer pasé un día duro. Estuve podando los manzanos y a la caída de la tarde me puse a pensar para qué pondría yo tanta ilusión en la faena si no puedo llevarme una manzana la boca. Estoy harto. (*Se pasa las manos por la cara. Pausa.*) Ésa no viene... Una de vosotras debía salir con ella, porque para eso estáis aquí comiendo en mi mantel y bebiendo mi vino. Mi vida está en el campo, pero mi honra está aquí. Y mi honra es también la vuestra. (*La hermana inclina la cabeza.*) No lo tomes a mal. (...)

FRAGMENTO 44: *Yerma* (acto 3º, cuadro 1º, p. 96):

Juan: Y yo no puedo más. Porque se necesita ser de bronce para ver a tu lado una mujer que te quiere meter los dedos dentro del corazón y que se sale de noche fuera de su casa, ¿en busca de qué? ¡Dime!, ¿buscando qué? Las calles están llenas de machos. En las calles no hay flores que cortar.

Yerma: No te dejes hablar ni una sola palabra. Ni una más. Te figuras tú y tu gente que sois vosotros los únicos que guardáis honra, y no sabes que mi casta no ha tenido nunca nada que ocultar. Anda. Acércate a mí y huele mis vestidos; ¡acércate! A ver dónde encuentras un olor que no sea el tuyo, que no sea de tu cuerpo. Me pones desnuda en mitad de la plaza y me escupes. Haz conmigo lo que quieras, que soy tu mujer, pero guárdate de poner nombre de varón sobre mis pechos.

FRAGMENTO 45: *La casa de Bernarda Alba* (acto 1º, pp. 127-128)

Bernarda: (*A Magdalena, que inicia el llanto.*) Chiss. (*Salen todas. A las que se han ido.*) ¡Andar a vuestras cuevas a criticar todo lo que habéis visto! ¡Ojalá y tardéis muchos años en pasar el arco de mi puerta!

FRAGMENTO 46: *La casa de Bernarda Alba* (acto 3º, p. 182):

Bernarda: Cada uno sabe lo que piensa por dentro. Yo no me meto en los corazones, pero quiero buena fachada y armonía familiar. ¿Lo entiendes?

FRAGMENTO 47: *Bodas de sangre* (acto 3º, cuadro último, p. 161):

Madre (*Echándose el pelo hacia atrás*): He de estar serena. (*Se sienta.*) Porque vendrán las vecinas y no quiero que me vean tan pobre. ¡Tan pobre! Una mujer que no tiene un hijo siquiera que poderse llevar a los labios.

FRAGMENTO 48: *Yerma* (acto 2º, cuadro 2º, p. 78):

Yerma: Quiero beber agua y no hay vaso ni agua, quiero subir al monte y no tengo pies, quiero bordar mis enaguas y no encuentro los hilos.

Juan: Lo que pasa es que no eres una mujer verdadera y buscas la ruina de un hombre sin voluntad.

Yerma: Yo no sé quién soy. Déjame andar y desahogarme. En nada te he faltado.

Juan: No me gusta que la gente me señale. Por eso quiero ver cerrada esa puerta y cada persona en su casa.

(*Sale la hermana primera lentamente y se acerca a una alacena.*)

Yerma: Hablar con la gente no es pecado.

Juan: Pero puede parecerlo. (*Sale la otra hermana y se dirige a los cántaros en los cuales llena una jarra. Juan, bajando la voz.*) Yo no tengo fuerzas para estas cosas. Cuando te den conversación cierra la boca y piensa que eres una mujer casada.

Yerma (*Con asombro.*): ¡Casada!

FRAGMENTO 49: *Bodas de sangre* (acto 3º, cuadro último, p. 161):

Madre: “Calla, he dicho. (*En la puerta.*) ¿No hay nadie aquí? (*Se lleva las manos a la frente.*) Debía contestarme mi hijo. Pero mi hijo es ya un brazado de flores secas. Mi hijo es ya una voz oscura detrás de los montes. (*Con rabia a la vecina.*) ¿Te quieres callar? No quiero llantos en esta casa. Vuestras lágrimas son lágrimas de los ojos nada más, y las mías vendrían cuando yo esté sola, de las plantas de mis pies, de mis raíces, y serán más ardientes que la sangre.”